EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Melodía de arrabal

IMPERIO ARGENTINA

CARLOS GARDEL

MELODIA
DE
ARRABAL

TITULOS DE LAS CANCIONES

Melodía de Arrabal
Carlos Gardel

No sé por qué
Imperio Argentina

Evocación
Imperio Argentina

Batallón, a pelear
Imperio Argentina

Mañanitas de sol
Imperio Argentina

Te llevastes mi fe
Imperio Argentina

Cuando no estás
Carlos Gardel

Silencio
Carlos Gardel

AUTORES DE LAS LETRAS:
Mario Batti-Stella-Alfredo Le Pera

AUTORES DE LAS MÚSICAS:
Carlos Gardel - Juan C. Mateo
Mario Batti-Stella-Marcel Lattés
Petrorosi Raoul Moretti

Con autorización oficial de la Casa propietaria de la edición, G. RICORDI & Cía. de Milano, y autorización particular y graciosa del destacado autor MARIO BATTI-STELLA.

AGENTE DE VENTAS:
Sociedad General Española de Librería
BARNADA, 14 y 16 — BARCELONA
TETUAN, 19 — MADRID

Reservados los derechos de traducción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA
Valencia, 854 - Teléfono 76657
BARCELONA

Biblioteca Films Nacional

EDITORIAL "AS"

FUNDADOR Y DIRECTOR:
Ramón Sala Verdaguer

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Apartado 787 - Teléfono 70652
BARCELONA

AÑO II — SERIE ALFA Núm. 50 — Núm. 111

MELODIA DE ARRABAL

El «Barrio Viejo» de la capital argentina, con sus cafés, mujeres alegres; vida noctámbula, llena de misterios y de luchas; con sus amores y sus canciones, que reflejan la verdadera alma criolla nos dan esta novela, donde el amor, las pasiones encontradas y la gloria tejen la red llena de emoción y de interés en la que se basa la película.

PROTAGONISTAS:

IMPERIO ARGENTINA

Y

CARLOS GARDEL

PRODUCCIÓN: PARAMOUNT

INTÉRPRETES PRINCIPALES

Alina	IMPERIO ARGENTINA
Roberto Ramírez	CARLOS GARDEL
Pedro Ventura	Vicente Padula
Rancales	Jaime Devesa
Margara	Elena D'Algy
El Empresario	Felipe Sassone
Maldonado	Manuel Paris
Julián	José Argüelles

Escenario de
ALFREDO LE PERA

Dirección de
LOUIS GASNIER

Narración literaria de
MANUEL NIETO GALAN

MELODIA DE ARRABAL

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELICULA

EL CAFE DE «LA ESTRELLA»

EN el «Barrio Viejo» de Buenos Aires, en ese conglomerado que parece una pequeña ciudad pobre, con sus calles estrechas y tortuosas, donde el sol se asoma casi avergonzado, el público se reunía ante una tienda de discos de gramófono para oír una canción argentina.

Dentro del establecimiento, una muchacha de unos veinticinco años, bonita como un sol mañanero, de ojos grandes y negros, juguetones y curiosillos, como dos diablillos inquietos, prestaba también atención al disco que en aquel instante se hallaba tocando. Su boquita chiquita parecía una sortija roja y sus labios gordezuelos sonreían cariñosamente al sentir la melodía de la canción. Ni era alta ni baja, tipo propio de la mujer argentina, y su voz suave y acariciadora parecía arrullar con su acento al que hablaba.

Cuando terminó de tocar el disco, el dueño de la tienda se acercó a ella y preguntó amablemente:

—¿Le gusta el disco, señorita?

—Sí, señor, es muy bonito—respondió Alina, que así se llamaba la muchacha.

—Pues llévenselo usted... Es muy barato—le volvió a decir el dueño, ofreciéndole la placa del gramófono.

—No, no, gracias, muchas gracias—se opuso Alina, rechazando el disco.

Junto a ella había un muchacho

de algunos años más que Alina. Sus ojos negros brillaban con la fuerza de la pasión propia de la raza, y al oír que la muchacha se negaba a aceptar el disco, se acercó a ella y con voz dulzona y galante le dijo:

—¿Me permite usted que se lo ofrezca yo?

Alina levantó la vista hacia su interlocutor y se sintió atraída por la simpatía de él. No obstante, rehusó el ofrecimiento y le dijo sonriendo:

—No, muchas gracias... De ningún modo.

—Está bien—exclamó en tono de broma el muchacho—. Pero tenga en cuenta que cada vez que la vea se lo cantaré para que recuerde que se ha negado a aceptarlo.

Alina se echó a reir al oír aquello, y mirando cariñosamente al galante ofrecedor, salió de la tienda para dirigirse a su casa, que estaba próxima a aquélla.

Aquella misma noche, en el café «La Estrella», el público se arremolinaba alrededor de las mesas, mientras que en un tablado un cantador de flamenco proclamaba su amor a la mujer que quería, al son de unas peteneras.

Era el café de «La Estrella», uno de los más típicos del «Barrio Viejo». Estaba situado cerca del puerto y a él acudían gentes de todas las clases sociales: jugadores de ventaja, maleantes, borrachos, mujeres de vida alegre, cantantes sin contrato, etc.

La sala de baile estaba junto a la puerta donde estaba también el mostrador, mientras que en su interior había varias habitaciones destinadas al juego.

Al empezar la noche empezaba también la concurrencia en el café de «La Estrella» y al terminar el cantador de flamenco su canción, la pareja de baile empezó a actuar entre los aplausos de los parroquianos, a quienes los compases del tango animaban casi tanto como el alcohol del vino.

La bailarina era una tal Margara, una pobre mujer a quien el ambiente y la vida que llevaba habían ido marchitando su belleza, que aun se resistía a desaparecer del todo. Bailaba con esa desgana propia de las que tienen en el baile una obligación, mientras que por encima del hombro de su compañero miraba le que hacía su novio, un tal Rancales, un punto de los más peligrosos del café y que explotaba inicuamente el amor de aquella pobre mujer.

En la sala de juego, en una mesa donde había varios jugadores, se levantó uno de ellos con las manos llenas de billetes que había ganado y en el mismo instante entró un pa-

rroquiano medio borracho, que lo detuvo, diciéndole:

—Muy bien, amigo, muy bien. Es una ganancia muy linda... Le felicito.

—Gracias, amigo — le respondió el afortunado jugador.

—Y dígame, che—volvió a decirle el otro—. ¿No le sobrarían algunos pesitos? Es para probar la suerte.

—¿Quieres plata? — le preguntó el jugador.

—Claro que sí.

El jugador se metió el dinero en el bolsillo de la americana y mirando al pedigüeño le dijo despectivamente:

—Pues si quiere plata, trabaje.

El borracho se le quedó mirando con ganas de acometerle, mientras decía entre dientes, como si aquello fuera un insulto:

—¡Que trabaje! ¡Que trabaje!

Salió el jugador a la sala de baile, donde continuaba Márgara bailando; mientras que su amigo, al pasar junto a él otra mujer, le cogió por un brazo y la hizo detener, diciéndole:

—¿Una copa?

—Gracias, Rancales — respondió ella mirando intencionadamente a Márgara—. Pero beber contigo es peligroso.

Rancales comprendió que lo decía por Márgara y se encogió de hombros, respondiéndole:

—¿Peligroso?... ¿De dónde?... Vas a beber una copa conmigo para que veas que no hay peligro.

La mujer se sentó junto a él y Rancales le gritó al del mostrador:

—¡Coñac!...

Márgara no pudo contenerse más y se soltó del bailarín para ir donde estaba su novio. Se encaró con la mujer que estaba sentada con él y le dijo desafiante:

—¿Qué haces aquí?

—Tengo sed... y bebo—respondió la otra sin amedrentarse.

Márgara le quitó el vaso, que estaba a punto de llevarse a la boca, y lo rompió al mismo tiempo que le decía:

—Pues no beberás... Podría atragantársete.

La mujer se quedó mirando fijamente a Pedro Rancales, y en vista de que éste no salía en su defensa, optó por marcharse y le dijo despectivamente:

—Está nerviosa la señora... Te lo regalo, hijita.

Rancales se echó a reir y Márgara, sentándose junto a él, le dijo enfurecida:

—No es por vos por lo que lo he hecho... Es por mí... A la vuelta de cada calle se encuentra un hombre como vos...

Rancales se incorporó y le respondió amenazándole:

—¡Cuidado, Márgara!

Ella fué a levantarse, pero Rancales la obligó a sentarse agarrándola violentamente por un brazo, al mismo tiempo que le decía:

—¿Quieres acordarte de esta noche?

El jugador que antes había ganado en la sala de juego se acercó a la mesa e impidió que Rancales pudiera pegar a la mujer, diciéndole:

—No hay derecho a maltratar mujeres.

—¿Cómo?—se revolvió el Rancales, intentando emprenderla con él.

Pero Márgara intervino conciliadora y le dijo a su defensor:

—¿Maltratar?... Pero si es en broma... Siéntese con nosotros y tome algo.

—Con mucho gusto—respondió el jugador sentándose junto a Márgara, que le dijo:

—Gracias por sus aplausos de antes, señor.

—Los merecía todos. Usted baila muy bien el tango.

En esto se acercó el mozo y Rancales le dijo:

—Trae una botella de coñac.

—¿Usted también, señor Gutiérrez?—preguntó el mozo, dando el nombre del jugador.

—Claro que sí—exclamó Gutiérrez.

En aquel momento entró otro de los asiduos al café, un tal Pedro Ventura, el cual había presenciado la ganancia de Gutiérrez, y se fué hacia el mostrador. Una vez allí hizo una seña a Rancales y aprovechando que Gutiérrez hablaba animadamente con Márgara, le dió a entender que aquel individuo llevaba en el bolsillo de la americana un fajo de billetes.

Rancales comprendió cuanto le quería decir su compañero y con la suavidad propia en un tipo como él, sacó los billetes del bolsillo de Gutiérrez, y gritó desde su sitio:

—¡Hola, Pedro!... ¿Qué haces aquí?

Se levantó, y al mismo tiempo que lo saludaba abrazándolo, le entregó los billetes que le había robado para evitar, en caso de algún registro, que pudieran encontrárselos a él.

Pero de lo que no se dieron cuenta ninguno de ellos es que desde afuera los estaba vigilando el Inspector Maldonado. El que se dió cuenta de ello fué el dueño del café, que se acercó a Rancales y le dijo:

—Ten cuidado, que te vigilan.

Rancales miró hacia afuera y al ver de quién se trataba, exclamó:

—El mismo de siempre... Maldonado... Pues si me busca, me encontrará.

El dueño se puso en pie ante la amenaza de Rancales y le advirtió:

—Ya sabes que no quiero historias con la policía. Para liquidar tus cuentas la calle es ancha.

Rancales le metió unos billetes en el bolsillo para callarlo y le dijo:

—Tú, toma y cállate... No has visto nada.

Momentos después se abría la puerta del café y entraba el mismo muchacho que aquella noche había ofrecido el disco a Alina. Se dirigió directamente al mostrador y al ver a Pedro Ventura lo saludó, diciéndole:

—¿Qué haces aquí?

—Hola, Ramírez—respondió el otro—. Mira, te esperaba.

—¿Para qué?—preguntó Ramírez.

—Porque Rancales tiene un asuntito.

Ramírez hizo un gesto de desagrado y exclamó:

—Yo prefiero no tener negocios con Rancales.

—Hay que aguantar, mi amigo —siguió diciéndole Pedro —. Su clientela es buena.

—Es verdad — respondió disgustado Ramírez—. Es mala suerte, pero no hay remedio.

Pedro fué en busca de Rancales y mientras tanto Ramírez se acercó a Márgara y le preguntó, al verla disgustada:

—¿Qué te pasa?... ¿Penas de amor?

La pobre muchacha miró desesperada a Ramírez y respondió con ira:

—¿De amor?... Si tuviera penas de amor las escondería como un tesoro... Las que tengo son penas de asco... Por Rancales, por todo.

—Hoy estás triste, Márgara—le dijo cariñosamente Ramírez.

—Fatigada de esta vida, no más, Roberto—se quejó la muchacha—. Este arrabal sucio y sombrío me envenena el alma... Este Barrio Viejo, que me verá morir y que me tiene presa en su cárcel de vicio.

Roberto sonrió bondadosamente y protestó de aquellas palabras despectivas de Márgara hacia el barrio, diciéndole:

—No digas eso, Márgara... Trabaja y canta este viejo arrabal en sus días laboriosos... Pero nosotros somos la noche siniestra del arrabal. Sin embargo, hay otra vida, pura, noble, intensa... Este viejo barrio también tiene su encanto, su misterio, su pasado, su melodía... la melodía humilde del arrabal.

»Penas... alegrías... coraje... y si algún día el rudo destino me ale-

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

jara de sus portales, las cosas de este viejo barrio las he de recordar.»

Al terminar de hablar, como si viniera a su memoria una vieja canción argentina en la que se ensalzaba la belleza de aquel barrio, le cantó él mismo, poniendo toda su alma en aquella canción, que decía:

MELODÍA DE ARRABAL

(Canción)

I

Barrio plateado por la luna,
rumores de milonga
es toda tu fortuna.
Hay un fuelle que rezonga
en la cortada mistonga...
Mientras que una pebeta
linda como una flor,
espera coqueta
bajo la quieta
luz de un farol.

II

Barrio... barrio,
que tenés el alma inquieta
de un gorrión sentimental.
Penas... ruego,
es todo el barrio malevo
melodía de arrabal.

Viejo barrio,
perdoná si al evocarte
se me planta un lagrimón,
que al rodar en tu empedrao
es un beso prolongao
que te da mi corazón.

I bis

Cuna de toros y cantores,
de brancas y entreveros,
¡de todos mis amores!...
En tus muros con mi acero
yo grabé nombres que quiero:
«Rosa, la milonguita».
«Era rubia Margot».
«En la primera fila
la paica Rita
me dió su amor...»

II bis

Barrio... barrio,
etc., etc.

Al empezar a cantar, todos los parroquianos prestaron atención a Roberto, ya que era considerado como uno de los cantores que con más sentimiento interpretaba el alma argentina, y al terminar, una

prolongada ovación premió el canto de Roberto Ramírez.

Mientras él cantaba cruzó por la puerta del café de «La Estrella», casualmente hacia su casa, Alina, acompañada de un viejo señor, y al sentir las notas de aquel tango, quedó detenida, diciéndole a su acompañante:

—Es la canción del disco.

—Y muy bien cantada—exclamó su acompañante.

—¡Qué hermosa voz!—exclamó Alina, nuevamente entusiasmada.

—Vamos a ver quién es—le propuso el viejo.

Se acercaron a la puerta y por detrás de los cristales vieron a Roberto que estaba terminando las últimas estrofas de la canción.

El la vió también y dejándose llevar por el sentimiento que en él había despertado la joven aquella tarde, corrió tras ella, diciéndole a Pedro:

—Espérame... Vengo en seguida.

Alina, que estaba ya junto a su casa, se había despedido de su acompañante cuando fué alcanzada por Roberto, que le dijo deteniéndola, al mismo tiempo que se quitaba el sombrero:

—Señorita... Soy yo, y usted ya me conoce.

Alina se paró, agradablemente sorprendida, y respondió riendo:

—El cantador del café.

—Sí, nada más que eso—le dijo él con cierta tristeza.

—¡Ha cantado usted muy bien! —le dijo entusiasmada Alina.

Roberto la miró fijamente, y poniendo en sus palabras toda la dulzura de su alma hacia aquella mujer, le respondió:

—Es que canté mirando sus ojos.

Alina comprendió la intención de la galantería de su amigo y protestó débilmente:

—¡No, no hable usted así!

—Perdón, señorita, si es que le molesté—suplicó Roberto.

—No es eso — rectificó rápidamente Alina— Es que si usted quisiera podría ser el cantor de la ciudad.

Roberto guardó silencio entristecido por las palabras, pensando que aquello mismo se lo habían dicho sus amigos, sus conocidos y cuantos le habían oído cantar. Pero también pensaba que aquel sueño que había alegrado toda su vida era irrealizable. ¿Cómo poder llegar?... ¿Cómo poder hacer que su nombre figurase en el cartel de un teatro de categoría?... Para ello se necesitaban influencias y él no conocía a nadie que pudiera tenderle la mano.

Alina lo miraba fijamente, y al advertir su silencio, le dijo:

—¿Cómo no, señorita?—exclamó tristemente él—. Pero ¿cómo llegar?... ¿Quién podría ayudarme?... Además... ¿para qué?...

—Para usted—respondió ella—, para ser alguien, para triunfar.

Alina no pudo contener la risa, aquella risa fresca y cascabelera que se adentraba en el corazón de Roberto haciéndole latir violentamente. Al ver que Ramírez se ponía serio ante su risa, creyó la muchacha que tal vez él creía que se estaba burlando y trató de justificarse diciéndole:

—Me río de mi manía. Es una manía que tengo de dar siempre consejos... Escuche: si alguna vez quisiera usted trabajar y si tiene ambición para ser algo más que cantor de un café, entonces venga a verme... Quizá podría yo ayudarle.

Roberto la miró agradecido. La bondad de la joven era tanta como su belleza, y estrechándole la mano conmovido, le preguntó:

—¡Cómo!... ¿Y querría ayudarme usted?

—¿Por qué no?—le respondió ella—. No lo olvide, venga a verme, y adiós, que no son horas éstas de andar por la calle.

—Hasta mañana, señorita—respondió Roberto, casi sin poder decir palabra por la emoción.

Quedó un rato contemplándola mientras ella se alejaba, hasta que, finalmente, la vió entrar en su casa. Suspiró con fuerza, como queriendo ensanchar su corazón para que cupiese en él mucho más amor que el que ya sentía por aquella deliciosa chiquilla, y pausadamente volvió de nuevo al café, donde Rancales y Pedro Ventura esperaban su vuelta sentados en la misma mesa de Gutiérrez. Este, entretenido con Margara, apenas si prestaba atención a las palabras de los otros dos, que preparaban el golpe, diciéndole Pedro a su compañero:

—En cuanto venga Ramírez... parampampán.

—Pero... ¿y si no?

—Si que querrá, hombre. Eso lo sé yo—insistió Pedro.

En aquel momento entró Roberto y una mujer lo detuvo antes de que llegara a la mesa donde estaba Pedro, diciéndole:

—¡Qué linda canción has cantado, Roberto!

Este sonrió agradecido y le respondió:

—¿Te gustó?

—Mucho—exclamó la otra—. Es la más linda que he oído.

—Pues así le canto yo a mi ba-

rrio—replicó con cierto orgullo Roberto.

Pedro, al verle, le gritó desde su mesa:

—¡Por fin has llegado!... ¿No ves que está todo listo?

—Bien, cuando quieras—respondió Roberto haciendo un esfuerzo para vencer la repugnancia que le dominaba en aquellos instantes.

Gutiérrez dejó de hablar con Márgara y se encaró con Roberto, diciéndole:

—¡Ya era hora, amigo!... Con usted somos tres para una partidita.

—Encantado — repuso Roberto que sabía que aquélla era la combinación para sacarle la plata al tal Gutiérrez.

Se levantaron todos, y Gutiérrez bromeando, le dijo a Roberto:

—Cuidado conmigo... Esta noche estoy de racha.

—Es verdad — repitió Pedro — Esta noche hay que tener mucho cuidado con el señor.

Roberto se encogió de hombros y respondió:

—Todo es cuestión de suerte.

—Pues vamos para allá—propuso Gutiérrez.

Rancales los acompañó también y antes de marchar le recomendó a Márgara:

—¿Me esperarás?

Ella se encogió de hombros, como dándole a entender que lo mismo le importaba, y respondió:

—¿Y con quién podría irme?

Al mismo tiempo que se dirigían hacia el interior del café entró el inspector Maldonado y dirigiéndose hacia Rancales lo llamó diciéndole:

—Rancales... Quiero hablarte.

—Será mañana... si es que no hay apuro — respondió tranquilamente Rancales.

—¡Tiene que ser ahora mismo! —exclamó enérgicamente Maldonado.

Rancales se vió perdido. Se acordó de que el inspector le había visto cuando sustraía el dinero a Gutiérrez y antes que dejarse prender sacó su revólver y exclamó, al mismo tiempo que disparaba contra Maldonado:

—Te daré gusto.

Pero tan rápido como Rancales había sacado el revólver, lo fué también Roberto que, abalanzándose sobre su amigo, desvió la bala, logrando que Maldonado resultase ileso. Este, sin demostrar la menor nerviosidad, se encaró con Rancales y le dijo al ver que él estaba solo contra tres:

—Tiempo al tiempo, Rancales... Ya nos veremos.

Luego se fué hacia Roberto y le estrechó la mano, diciéndole:

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

—Gracias, amigo. No olvidaré que le debo la vida.

Salió del café, mientras que Rancales se revolvía contra Ramírez, diciéndole:

—Roberto, otra vez, si la vida no te sobra, no te metas en mis asuntos.

Roberto se le quedó mirando sin denotar el menor miedo por las palabras de Rancales y le respondió:

—¡Los hombres pelean frente a frente y yo se lo que me hago!... ¡No me arrepiento de haberle salvado la vida a ese hombre que cumple con su obligación!

No hablaron más del asunto y los cuatro jugadores se dirigieron a una de las habitaciones donde había una mesa preparada y varias barajas para comenzar la partida que habían organizado.

UNA PARTIDA CON VENTAJA

FUERON sentándose cada uno en su sitio y Gutiérrez echó mano al bolsillo de su americana y advirtió que le faltaban los billetes. Sin denotar la menor sorpresa, exclamó:

—Parece que hay manos listas por la sala.

—Tal vez se le haya caído al suelo—exclamó Pedro cuando Gutiérrez le dió cuenta de lo que le faltaba—. Aquí la gente es muy honrada.

—Sí, pero no le hace—respondió Gutiérrez.

Rancales comprendió que era necesario cambiar de conversación y le preguntó:

—¿Qué vamos a tomar?

—Coñac — respondió Gutiérrez.

—Trae una botella de coñac, mozo — gritó Rancales al camarero mientras que empezaban la partida.

Gutiérrez jugaba fuerte, confiado en la suerte de aquella noche; pero a medida que avanzaba la partida iba advirtiendo que la fortuna le volvía la espalda y que todo iba a parar a Rancales.

Gutiérrez, hombre listo en las lides del juego, se dió cuenta de que Roberto hacía trampa, pero no por eso dejó de jugar y de apostar con igual fuerza que antes.

Por fin quiso dar el golpe decisivo y apostó cuanto tenía. Roberto miró sus cartas y respondió:

—Voy.

Rancales hizo lo mismo y exclamó a su vez:

—Voy también.

Pedro tiró las cartas, exclamándose:

—Mala suerte tengo esta noche. Yo no puedo ir.

Iba ya a jugar Roberto, cuando Gutiérrez lo detuvo, diciéndole:

—Un momento, amigo.

Le ofreció otra baraja y le dijo:

—Con éstas, compañero.

Roberto quedó sorprendido, pero para evitar toda sospecha y fiado en su habilidad para manejar los naipes, respondió sonriendo:

—Hombre, como guste, me es igual. Yo no soy supersticioso.

—Yo sí — respondió intencionadamente Gutiérrez, pensando que le había deshecho la combinación.

Roberto comenzó a repartir cartas y, en un leve descuido de Gutiérrez, entregó a Rancales la carta con la cual ganaría a los demás.

Hecha la jugada, Gutiérrez lanzó sus cartas sobre la mesa, seguro de que nadie le ganaba; mas con gran sorpresa vió que Rancales tenía mayor puntuación que él y exclamó levantándose:

—Basta por hoy... La suerte se ha dado vuelta. ¡Linda ganancia, amigo!... ¡Le felicito!—le dijo a Rancales.

—Yo quedo listo—exclamó a su vez Roberto, saliendo en unión de Gutiérrez.

—No se aflija, compañero—le dijo tranquilamente Gutiérrez—; todavía hay unos pesitos para beber unas copas juntos.

—Hombre, muchas gracias—le aceptó Roberto, marchando con él hacia el mostrador, mientras que Rancales, en el interior de la sala donde habían jugado, hacía tres partes con las ganancias y le entregaba dos a Pedro.

—Aquí tienes tu parte y la de Ramírez... Yo me voy.

Salieron de allí y Rancales se acercó a Márgara, que dormitaba sobre la mesa, y la zarandeó violentamente, diciéndole:

—Vamos, tú.

La muchacha se levantó y sin decirle palabra le siguió. Al pasar junto a Gutiérrez y Roberto, se despidió de ellos diciéndoles:

—Buenas noches, amigos.

—Buenas noches, Rancales—respondió Roberto.

Pedro Ventura se sentó ante la misma mesa donde había estado Márgara y apuró lo que le quedaba a la botella de coñac que había sobre ella.

Gutiérrez, a su vez, llamó al dueño del café y le dijo:

—Dos buenas copas, patrón.

Cuando les hubieron servido las copas, Gutiérrez se encaró con Roberto y le dijo amigablemente:

—Usted es un hombre joven y muy bien dotado.

—¿Por la voz?—preguntó Roberto, fingiendo no comprender lo que le decía.

—Y por las manos—terminó de decirle Gutiérrez.

Roberto hizo un gesto de indignación y exclamó:

—¿Que quiere decir?

—No se abarrunte y óigame, amigo—siguió diciéndole Gutiérrez con la mayor tranquilidad—. Antes que usted y que yo, mi padre robaba en el juego... Pero usted sabe más que el padre y el hijo.

—Tenga cuidado que se equivoca, amigo—exclamó Roberto, intentando todavía darse por ofendido.

Gutiérrez se echó a reir ante aquel gesto de Roberto y exclamó:

—Pero, hombre, ¿por qué quiere enfadarse si somos colegas? Quiero proponerle una cosa. Usted es un artista manejando el naipe, su cara es simpática y la clientela caerá. Yo me voy a San Pablo dentro de tres días: véngase conmigo, cambie de roza y deje este barrio. Trabajaremos en los barcos, yo le llevaré a los clubs elegantes... Seremos socios e iremos a medias... ¿Convenido?

Roberto no se fiaba todavía de aquel hombre. Temía que fuese una trampa que le tendía para cogerle, y, por lo mismo, preguntó:

—Pero ¿usted habla en serio?

—Tan en serio que me dejé ganar para probarlo—respondió Gutiérrez sonriendo.

Roberto se dió cuenta de que era inútil seguir negando y, decidido a todo, respondió:

—Bueno, si lo sabe todo... Listo.

—Listo—exclamó a su vez Gutiérrez dándole la mano—. Mañana, en el bar Colón, le espero a media noche.

—Entendido—respondió Roberto.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana — se despidió Roberto, quedando él en el café.

Apenas salió Gutiérrez, se le acercó Pedro y le entregó unos cuantos billetes, diciéndole:

—Aquí tienes la parte que te corresponde.

Roberto, al tener en sus manos los billetes que había estafado a Gutiérrez, sintió que le quemaban las manos y, en un acto de arrepentimiento, salió tras él hasta que lo alcanzó y le dijo:

—Este dinero es suyo. Tómelo.

Gutiérrez se echó a reir de la acción de Roberto y le dijo tranquilamente:

—Guárdelo, amigo... Le servirá

para los primeros gastos... Ya me lo devolverá cuando haga fortuna.

Y sin darle tiempo a que respondiera, echó a andar nuevamente hasta donde había un coche que le esperaba.

Momentos antes de haber salido Gutiérrez, mientras éste hablaba con Roberto, Maldonado había vuelto a las inmediaciones del café con varios policías, a los que situó convenientemente para apoderarse de Rancales, diciéndoles:

—Tened cuidado, que ese hombre va armado.

—Está bien, inspector—respondieron los policías, escondiéndose en los quicios de las puertas por donde tenía que pasar Rancales.

Poco después salía Rancales acompañado de Márgara y uno de los policías se acercó a él diciéndole:

—¿Me hace el favor de fuego?

Rancales, que no las tenía todas consigo, miró desconfiadamente a todos lados y, al ver que no había nadie, le volvió la espalda sin contestarle. Pero el policía se colocó nuevamente ante él y volvió a insistir en su petición, haciendo que Rancales exclamara:

—Me parece, amigo, que le voy a dar otra clase de fuego.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando se vió, de improviso, rodeado por varios policías que le encañonaban con sus pistolas, y a Maldonado, que le decía:

—Es inútil que te resistas, Rancales. Ya te dije que nos encontraríamos... Ahora tendrás para rato, porque tu cuenta es larga.

Y dirigiéndose a Márgara, le dijo en tono de broma:

—Perdón si esta noche la dejo a usted sin compañía, señora.

La joven se encogió de hombros y respondió despectivamente:

—No pierdo nada... Y si les hace falta, ténganlo un rato largo.

—Llévenlo—ordenó el inspector a su gente.

Y Rancales, entre los policías, mirando airadamente a Márgara que se alejaba camino de su casa, se dirigió hacia la Comisaría, donde tendría que dar cuenta de todo lo que tenía pendiente con la justicia...

Alina tenía en aquel barrio una escuela de canto y música. Desde que quedó huérfana se buscó la vida dando lecciones y los pequeños del barrio acudían a su casa, más que por el deseo de aprender, por la alegría que les producía el estar al lado de la cariñosa maestra.

Mientras los chiquillos estudiaban en el piano, ella leía una carta

que había recibido de Roberto y en la que éste le decía:

«Vuelvo dentro de algunas semanas. Mi negocio de comisiones mejora y me permite hacer pequeñas economías. No olvido sus generosos ofrecimientos y espero aprovechar sus lecciones a mi regreso.

Hasta pronto,

Roberto Ramírez.»

Alina quedó con la carta entre las manos mientras una deliciosa sonrisa se dibujaba en sus labios. El recuerdo de Roberto llevaba a su corazón una esperanza acariciada desde el día que le vió por vez primera en la tienda de discos. No sabía a qué atribuirlo, pero Roberto había sido para ella el único hombre que había hecho latir su corazón al ritmo de un amor insospechado; al compás de un sentimiento embelesador que tenía para ella todo el encanto de un cuento de hadas.

Al día siguiente de la noche que le vió en el café, Roberto había ido a despedirse de ella. Como es natural, él no había querido decirle la verdad de su viaje con Gutiérrez y la excusa que le dió fué el que había encontrado una colocación de comisionista y que pensaba trabajar.

Alina lo creyó ciegamente, tenía plena confianza en él y jamás hubiera podido sospechar la verdadera vida de Roberto. Durante los días de su ausencia, la joven maestra no dejó de pensar en él y esperaba su regreso con esa alegría incontenible de todo corazón enamorado.

Aquella carta fué para ella un benéfico sedante para su impaciencia, y al terminar de leerla quedó tan abstraída que ni siquiera se dió cuenta de que los chiquillos habían dejado de estudiar.

Al cabo de algunos segundos levantó la vista y al ver que la chiquillería estaba jugando, les dijo:

—¿Qué, se acabó ya la lección? Vamos, vamos, seguir tocando.

Una chiquilla intentó tocar la música que había sobre el atril del piano y Alina, en vista de que se equivocaba continuamente, exclamó:

—Déjame a mí, ya verás cómo se toca y cómo se canta.

No fué precisamente la música que había sobre el piano lo que tocó, sino una canción que le inspiró el amor que sentía por Roberto, y dejándose influenciar por su recuerdo, se puso a cantar:

NO SÉ POR QUÉ

Siguiendo mi dulce destino,
feliz siempre en el mundo fui,
y como un sueño divino
de gloria y placer.

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

Un día encontré en mi camino
un hombre que apenas me habló,
y mi alma ya para siempre
esclava de él se sintió.
No sé por qué
se estremece mi cuerpo
al sentirse a su lado.
No sé por qué
siento todo mi ser
con su ritmo turbado.
No sé por qué
suyo es mi corazón
y mi ser entero,
y sé muy bien
que si un día me besa,
de amor yo me muero.
... ...
Le quiero con todas mis fuerzas,
le adoro con todo fervor,
y cuando sus ojos me miran
son dardos en mi corazón.
Jamás no podrá comprenderme,
jamás no podrá adivinar
lo que por él mi alma siente,
lo que es tormento de amar.
No sé por qué
se estremece mi cuerpo
al sentirse a su lado.
No sé por qué
siento todo mi ser con su ritmo
No sé por qué [turbado.
suyo es mi corazón y mi ser todo
Y sé muy bien [entero.
que si un día me besa, de amor
[yo muero.

Al terminar la canción, Alina dejó caer las manos lánguidamente sobre el piano mientras que todo su cuerpo se estremecía, como decía su canción, sin saber por qué, al recuerdo de Roberto. Comprendió que no podría seguir dando la lección y dejó que se fueran los chiquillos, diciéndoles:

—Ahora, a jugar un rato y hasta mañana.

Los pequeños salieron corriendo, mientras que Alina volvía otra vez a coger la carta que acababa de recibir de Roberto y la leía de nuevo, como si en vez de letras fueran aquellas palabras dichas personalmente por el hombre que amaba.

NUEVA VIDA

CUANTO le había dicho Gutiérrez se iba realizando. Nadie hubiera conocido en aquellos días al Roberto Ramírez del café de «La Estrella». Todo en él era diferente. Vestía con refinada elegancia, se trataba con la mejor sociedad, era socio de los clubs más elegantes y hasta su nombre se había cambiado por el de Torres, haciéndose pasar por hijo de un acaudalado pampero.

Pero aquella vida no le gustaba a Roberto. Echaba de menos la presencia de Alina y tras no pocos esfuerzos consiguió volver de nuevo adonde ella estaba.

Claro está que este regreso no hizo que cambiara el rumbo de su vida, sino que siguió siendo el jugador «afortunado» de siempre cuyas ganancias se repartía con Gutiérrez, que era el que le había iniciado en aquel mundo y el que le proporcionaba las víctimas.

Al volver a la capital se instaló cómodamente y se hizo socio de los clubs aristocráticos, donde acudía todas las noches para jugar. Gutiérrez le acompañaba siempre en calidad de secretario, y mientras que Roberto jugaba, él se preocupaba de ir adquiriendo amistades con gente rica para luego conducirlas a las mesas de juego y que su compañero las desplumase.

Una de las tardes, mientras que Roberto jugaba, Gutiérrez hablaba amigablemente con un socio del club, que le decía:

—El juego es el peor de los vicios.

—Por desgracia lo sé—respondió

melancólicamente Gutiérrez— Mi amigo Torres es más jugador que el as de espadas... Esto le va a costar la ruina.

—Eso mismo le pasa a mi amigo Schmit—le dijo el otro— Es joven, buen mozo, millonario y, sin embargo, tiene manía por el juego.

—¿Y dice usted que es millonario? — preguntó interesado Gutiérrez.

—Sí—le dijo el otro socio—, pero es un caso perdido: no hay quien le saque de la mesa de juego... Se dejará toda su fortuna.

—¡Qué lástima!—murmuró Gutiérrez.

Y como si le hubiese asaltado una idea salvadora, le dijo:

—Oiga... ¿Por qué no le trae aquí esta noche?... Puede ser que entre Torres y yo... digo, entre usted y yo, le quitemos el vicio.

—No lo creo posible—respondió el otro despidiéndose—. Pero en fin, ya veremos en otra ocasión. Ahora me marcho, que me esperan para cenar. Hasta otra, amigo.

Se estrecharon las manos y Gutiérrez quedó pensativo ante aquella palabra de «millonario». Indudablemente, aquél era el hombre que les convenía y el que debían buscar a todo trance.

Roberto seguía en la sala de juego y, conforme a su procedimiento, iba perdiendo en casi todas las jugadas. Cuando ya los demás jugadores estaban abstraídos, él llamó al camarero y le dijo:

—Haga el favor de decirle a mi secretario que en seguida salgo.

Siguió dando las cartas y uno de los jugadores pidió una.

La sirvió Roberto y otro jugador pidió dos cartas más.

Roberto se echó una carta también y el primer jugador adelantó cuantas fichas tenía ante él, diciendo:

—El resto.

—Y el mío—dijo el otro.

—Acepto — respondió Roberto mirando sus cartas.

El primero de ellos arrojó las cartas sobre la mesa diciendo:

—Poker de reyes.

—El mío es de ases—exclamó Roberto recogiendo el resto de los dos jugadores y levantándose al mismo tiempo que decía:

—Perdonen ustedes, pero me esperan.

Uno de los jugadores, al ver que marchaba, le dijo:

—Esta noche hay una gran partida; le esperamos a usted.

—Es mejor que no venga—respondió sonriendo Roberto—. Tengo hoy demasiada suerte.

—Nada de excusas—le respondieron—. Usted tiene que venir es-

ta noche—. Le aguardaremos y nos dará usted el desquite.

—O las ganaré más—dijo Roberto bromeando.

—No importa... Piense que le esperamos.

—Encantado — terminó diciendo Roberto, al mismo tiempo que salía de la sala de juego y se dirigía adonde estaba su amigo.

En la puerta tropezó con un camarero al que le entregó todas las fichas y le dijo:

—Once mil quinientos pesos. Haga el favor de cambiarlos y quedarse con los quinientos.

—Muchísimas gracias, señor Torres—respondió el camarero entregándole poco después el importe de las fichas.

Salieron juntos Roberto y Gutiérrez y cuando estuvieron dentro del coche que había comprado el jugador, su compañero le preguntó:

—¿Cuánto ganaste?

—Once mil pesos—respondió Roberto.

Gutiérrez le cogió las manos entusiasmado y le dijo alegremente:

—¡Manos de oro las tuyas!... Si seguimos así, pronto no tendremos que trabajar.

Roberto hizo un gesto de desagrado, al mismo tiempo que sacaba un cigarrillo y le ofrecía otro a su amigo. Este sacó el mechero y después de intentar encenderlo varias veces, Roberto sacó una caja de cerillas y le encendió una, diciendo en tono de broma:

—¡Prefiero mis fósforos!... No fallan nunca.

Indudablemente se advertía en Roberto que aquella vida le causaba asco. Su carácter, completamente distinto a aquella existencia azarosa, se rebelaba contra la imposición del destino y hubiera dado cualquier cosa por encontrar un trabajo digno y honrado en qué ganarse la vida. Por otra parte, el cariño que sentía por Alina era el que le atormentaba más. Comprendía, y con razón, que nunca podría conseguir el amor de la joven si no cambiaba de género de vida.

Ella le creía un hombre honrado, un hombre que trabajaba para ganarse la existencia, y en esa creencia se había confiado a él y le otorgaba su amistad. Pero cuando ella se enterase de que era un jugador de ventaja, un hombre sin más oficio que el de engañar a incautos, seguramente que le volvería la espalda y que no le haría el menor caso.

Esta idea, este pensamiento de perder a Alina, le torturaba el corazón, y en sus momentos de soledad sentía que las lágrimas acudían a

sus ojos como un profundo arrepentimiento de su alma.

Al mismo tiempo que ellos seguían aquella vida de lujo, tan ficticia como lo eran sus medios de existencia, Rancales terminó su condena y salió de la cárcel, sin recursos para emprender nuevamente el mismo camino que siempre había llevado.

Lo primero que hizo fué ir al café de «La Estrella» en busca de sus amigos. Allí se enteró de que Roberto había desaparecido y que no había vuelto más por el café. Gracias a la antigua amistad que tenía con el dueño, consiguió que éste le diera algunos pesos y con ellos fué pasando varios días, mientras que Ramírez y Gutiérrez vivían con lujo.

Una noche terminaban de cenar, y Gutiérrez, satisfecho de las comodidades de que gozaban, le dijo:

—¡Como hemos cambiado!

—De ropa — respondió Roberto con pesar—. Porque somos tan ladrones como antes.

—No digas tonterías, hombre —replicó burlonamente su compañero—. Ya no eres el mismo de antes. Ahora eres el señor Torres, hijo de ricos estancieros, un hombre de mundo que no conoce siquiera de nombre al otro Ramírez.

En aquel instante sonó el timbre del teléfono y Gutiérrez se puso al aparato, diciendo:

—¡Hola!... Sí, sí, con la casa del señor Torres... Sí, soy su secretario. Ah, muy bien, muy bien... Un momento.

Se volvió hacia Roberto y le dijo:

—Estoy hablando con el encargado del club. Dice que ha organizado para esta noche una partida formidable; imaginate: Martel y Alvarez, todos tipos millonarios... Preguntan si puedes ir vos.

Roberto se levantó incomodado y exclamó:

—Hace un año que esto dura... Cada tarde, cada noche, mentir, jugar, robar...

Gutiérrez trató de calmarlo y, sin abandonar el teléfono, le respondió:

—Esto no puede durar siempre y cuando termine ya tendrás tiempo de ser decente... ¿Qué le contesto?

Roberto dudó un momento antes de responder; pero pensando que no tenía más remedio que someterse a las exigencias de aquella vida, acabó respondiendo:

—Bueno, decile que iré a las once.

Gutiérrez volvió a hablar nuevamente con el encargado del club y le respondió:

—El señor Torres dice que irá esta noche, a las once...

Abandonó por fin el aparato y acercándose a Roberto le reconvino amigablemente, diciéndole al ver que éste se preparaba a salir:

—Ya está todo arreglado; pero vas a terminar por comprometer tu situación. No es cantando como hubieras llegado a ser lo que eres... ¿También esta noche vas a verla?

Roberto se quedó fijamente mirándolo y al fin le respondió desalentado:

—Decime, Gutiérrez... Sin esta visita de cada noche... ¿valdría la pena vivir?

Su amigo se le quedó mirando y comprendió lo que pasaba por su interior, mas no obstante quiso asegurarse y le dijo:

—¿Estás enamorado?

Roberto se encogió de hombros, dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo y, como quien siente la inutilidad de rebelarse contra el destino, exclamó:

—¿Y tiene derecho a enamorarse de ella un hombre como yo?

Gutiérrez sintió también la pena que experimentaba su amigo y, echándole un brazo por la espalda, le dijo:

—Perdóname, viejo... Yo soy el único culpable de todo esto.

Roberto comprendió que aquella acusación no era leal. Tanta culpa tenía el otro por habérselo propuesto como él por haberlo aceptado, y queriendo cargar con la parte que le correspondía, respondió:

—No, Pedro. Sin vos, cualquier noche de éstas me hubiera jugado la vida en el puerto... Mejor es así. Salgamos en seguida.

Se quitó el batín que llevaba puesto y mientras iba vistiéndose, Gutiérrez, para animarlo, le iba diciendo:

—Martel, Alvarez... No es por decir, pero la clientela mejora.

Roberto sonrió sin decir palabra, y su amigo continuó:

—Terminarás jugando con el Presidente... Pero ten un poco de cuidado, compañero.

—Cuidado... ¿de qué?—preguntó Roberto.

—En lo que haces. Me resulta muy peligrosa esa idea tuya de emplear tu ciencia solamente al final de cada partida... Un día te van a dejar sin plata.

—Mejor — respondió Roberto—. Si eso sucede, trabajaremos.

—¡Trabajar! — exclamó asombrado Gutiérrez—. ¡Trabajar a mi edad!... Pero ¿qué diría mi viejo si eso fuese cierto?

Roberto, que había acabado de vestirse, le pidió su sombrero y cuando lo tuvo puesto, le dijo:

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

—¿Vamos?

—Listo—respondió el otro.

En la puerta subieron al automóvil, que guiaba el mismo Gutiérrez, y se dirigieron hacia la casa de Alina, adonde todas las noches iba Roberto para pasar con la joven unos instantes.

Por su parte, Alina esperaba aquellas visitas con el entusiasmo que toda enamorada espera la llegada del hombre amado. En cuanto daban las diez de la noche, ya Alina empezaba a sentir la inquietud de la tardanza de su fiel enamorado y podía decirse que contaba los minutos que pasaban de la hora señalada.

Aquella noche, mientras que Roberto y su amigo se dirigían hacia su casa, Alina, rodeada de varios pequeños, les cantaba, al piano, una dulce canción, diciéndoles:

—¿Sabéis cómo se llama esta canción?... Pues se llama «Evocación». Ya veréis qué bonita es.

Y mientras que la gente menuda ponía toda su atención en lo que Alina iba a cantar, ésta comenzó la melodía diciendo:

Evocación

Anochece
en el quieto jardín...
se estremece
de dolor un violín...
en el banco
escondido entre rosas
resuenan ansiosas
viejas mentiras de amor.
Un instante
duró aquella ficción...
inconstante
voló tu corazón...
¿quién detiene
el momento que pasa con el amor
si nos deja
con nuestro dolor?

Al terminar de cantar, las nenas prorrumpieron en una estruendosa ovación, y Alina, cuya alma era tan infantil como las niñas que con ella estaban, se levantó y saludó varias veces como si aquel auditorio fuera el de un teatro.

Luego acarició a una de las muchachas y le dijo:

—¡Ah, pícara! Cuando seas artista, la famosa artista Carmencita Serrano, cantarás esta canción, ¿eh?

—Sí, señorita—respondió la chiquilla sonriendo, halagada por aquel pensamiento.

Alina, para dar fin a aquella reunión y esperar a Roberto, se puso

un casquete de soldado y reunió a las muchachas, diciéndoles:

—Ahora todas en fila y cantar conmigo.

Se acordó de la música de «El desfile del amor» y empezó a cantar, seguida de las chiquillas:

¡BATALLÓN, A PELEAR!

Batallón,
batallón, a pelear,
soy el capitán aquí.
Corazón,
corazón, no fallar,
vamos a triunfar,
sí, sí.
Al son del tambor,
plan, plan, rataplán.
A la revolución.
Avanzar.
El oficial
don Salazar
debe jurar morir, pín, pan.
Conquistar,
sin pestañear,
con el fusil
este batidor, traidor, pín, pan.
Si al volver triunfal
algún galán,
gentil,
pide con mucho valor
amor,
con decisión
se le dará la cruz
sin vacilar
de la fiera hazaña
militar.

—¡Que se repita!... ¡Que se repita!—exclamaron las chiquillas alegremente cuando Alina terminó de cantar.

Pero ésta, que había visto llegar a Roberto, salió a su encuentro y lo escondió tras el mismo biombo donde ella se había escondido para salir disfrazada.

Cuando lo tuvo oculto, les dijo a las chiquillas para darles la agradable sorpresa:

—¡Silencio!... ¡Ahora, distinguido público, la sorpresa de la noche!... ¡Se ruega al distinguido público que cierre los ojos y se siente!

Sentó a todas las niñas y cuando las hizo que cerraran los ojos fué por Roberto y lo sacó de detrás del biombo.

Las chiquillas abrieron los ojos y al ver a Roberto, en quien habían descubierto un gran amigo, empezaron a aplaudir alegremente y le dijeron:

—¡Queremos que cante!... ¡Queremos que cante!

Alina lo miró cariñosamente y se sentó al piano, como indicándole que accediera a lo que pedían las niñas.

Roberto asintió con la mirada, y Alina, al mismo tiempo que empezó a tocar, principió también un dúo de una canción que se titulaba:

MAÑANITA DE SOL

(Tonada campera)

I

Caballito campero
oigo tu galopar...
más veloz que el pampero
el gaucho que quiero
está por llegar.

II

Cielito azul,
rayito de sol,
florido aurora,
ave canora,
eso sois vos.
Noche sin luz,
árbol sin flor,
pájaro herido
lejos del nido,
ese soy yo.

Florecen las ilusiones
En la quietud del remanso.
¡Juntemos los corazones!

I bis

Caminito del campo
que sabés mi pasión,
interrumpe tu siesta
porque está de fiesta
hoy mi corazón.

II bis

Cielito azul,
etc., etc.

—¡Bravo!... ¡Muy bien!—exclamaron las chiquillas alegremente.

Roberto acarició a una de las chiquillas y exclamó:

—¡Qué linda es mi ahijadita!

—Sí, Roberto — respondió Alina— Hoy vino su madre a agradecerme el dinero que usted le envió. Pronto todo el chiquerío del barrio lo tendrá como padrino.

—¡Y yo encantado! — exclamó Roberto, sintiendo una íntima satisfacción por aquel bien que hacía a los niños pobres del barrio.

Alina quiso quedarse a solas con Roberto y, por lo mismo, acarició a las pequeñas, diciéndoles:

—Ahora, basta de teatro y a descansar.

—Hasta mañana, señor Ramírez —le dijo una chiquilla saliendo.

—Hasta mañana, monada — respondió Roberto besándola.

Fueron saliendo todas las niñas, y al quedar solos los dos jóvenes, Alina se sentó junto a Roberto y le dijo, sonriendo deliciosamente:

—Buenas noches... mi mejor alumno.

—Buenas noches, mi gran maestra—respondió Roberto.

—Vamos a ver—le preguntó Alina poniéndose graciosamente seria—. ¿Qué hizo usted hoy? Cuénteme... Cuénteme usted.

—¿Yo? — preguntó azorado Roberto—. ¿Qué hice yo?... Nada.

—¿Cómo nada? — preguntó Alina—. ¿Ha podido estar sin hacer nada?

—Bueno — rectificó Roberto—, he querido decir que he hecho dos comisiones... un contratito de publicidad... En fin, me gané el día...

Alina sonrió satisfecha y exclamó:

—Roberto Ramírez trabaja y desde que Roberto Ramírez trabaja no hay niños infelices en el barrio... ¡Es todo un hombre! De aquel cantor de café, del otro Ramírez... no queda más que este traje ribeteado, ¿verdad?

Hizo una pausa y como respondiendo a un íntimo pensamiento volvió a decir:

—¡Y si él quisiera podría ganar más dinero todavía!

—¿Más?... ¿Cómo? — preguntó Roberto.

—Cantando — le dijo Alina—. Nunca cantó como esta noche, Roberto... Si usted se propusiera...

Roberto protestó, desilusionado, diciéndole:

—Es inútil, Alina. Yo podré cantar para usted, para mis amigos, pero no serviría nunca para cantar en un escenario...

—Tentemos la suerte — insistió cariñosamente Alina—. Usted sabe que el director de la radio fué un gran amigo de mi padre y que, además, es uno de los empresarios más fuertes... Me considera como su hija... Déjeme hablarle de usted.

Pero Roberto se opuso. Tenía miedo a que se descubriese su verdadera vida y que Alina lo rechazase. Temía por su amor y este temor le hizo exclamar:

—No, Alina, no... Todavía no... Esperemos...

Se oyó el sonido de una bocina que avisaba a Roberto que era ya la hora de marchar y el joven se levantó, despidiéndose de Alina y diciéndole:

—Hasta mañana.

—Pero ¿ya se va?—preguntó la muchacha con tristeza.

—Es necesario. Me esperan—le respondió sonriendo Roberto.

Sin embargo, Alina no se avenía a que se fuera tan pronto. Era tan feliz cuando estaba a su lado, que se opuso, rabiosilla, diciéndole:

—No, no... No se vaya tan pronto. Primero hay que estudiar la lección.

—La dejaremos para mañana—le dijo Roberto—. Esta noche no puedo; me esperan.

Suspiró con tristeza, acordándose que dentro de poco dejaría de ser el mismo hombre para convertirse en un estafador, y aquel suspiro hizo que la muchacha se le quedara mirando y que le dijera intrigada:

—Roberto, hay algo en su vida que no puedo comprender. Estoy segura de que guarda usted un gran secreto...

Roberto se sobresaltó al oír aquello y, temiendo cualquier indiscreción por parte suya, se despidió de ella y salió de la casa.

UN ENCUENTRO DESAGRADABLE

RANCALES, en su continuo trotar por la ciudad, dió aquella noche con su cuerpo junto a la casa de Alina. Al pasar junto a ella sintió la voz de Roberto cantando y quedó sorprendido, al mismo tiempo que se decía:

—¿Es posible?... ¡Este es Roberto Ramírez!

Miró por la ventana y se convenció de que era él al verlo sentado junto a Alina. Interiormente sintió una gran satisfacción. Comprendió que había encontrado el verdadero filón para no pasar más quebraderos de cabeza, puesto que si Roberto tenía plata, como lo representaba por la elegancia con que iba vestido, no le negaría lo que le pidiese.

Fija en él esta idea, aguardó a que saliera y lo siguió, cuando vió que Roberto se dirigía hacia el coche en que lo aguardaba Gutiérrez. Inmediatamente se pusieron en marcha y minutos después llegaban a la puerta del club. Antes de entrar, Gutiérrez miró su reloj y le dijo a su compañero:

—Me parece que vamos a llegar tarde. ¡Con tal de que esos millonarios no hayan volado!

Entraron en el club y al cabo de algunas horas, cuando terminó su partida, salieron nuevamente. Iban a subir al coche cuando se les adelantó Rancales, diciéndoles:

—¿Salud, amigos?

Gutiérrez y Roberto se le quedaron mirando y Rancales volvió a decirles cínicamente:

—¿Se progresa, eh?... Con razón

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

el café de «La Estrella» te queda chico...

Roberto advirtió la ironía de Rancales y deseando terminar cuanto antes aquella conversación, le dijo:

—Bueno, Rancales... Tenemos mucho que hacer y nos vamos.

—Hagan lo que quieran, amigos — respondió con burlona sonrisa Rancales—, pero no está bien el olvido cuando se está en las buenas.

—¡Terminemos de una vez, Rancales!—exclamó con cierta nerviosidad Roberto—. ¿Qué querés?

—Unos pesos, si te sobran — le pidió Rancales tranquilamente.

—Me sobran — respondió Roberto.

Y volviéndose hacia Gutiérrez, le dijo:

—Dale unos pesos.

Y otra vez le dijo de nuevo a Rancales:

—Y tú aprovéchalos bien, que son los primeros y los últimos, no se vaya a dar luego de seguidillas, ¿eh?

Gutiérrez le dió los pesos que le había dicho su amigo y al entrar en el auto, le dijo indignado:

—Si quiere plata, que trabaje... Que no haga el vago...

Roberto sonrió, pensando que parecía mentira que su amigo hablase de trabajo, cuando para él el mayor sacrificio que podía obligársele a hacer era el de que trabajase.

Al día siguiente, tal como le había dicho Alina, ésta fué en busca de su amigo, el director de la radio y empresario.

Al entrar en las oficinas, había varios futuros artistas esperando poder entrevistarse con el director, y Alina, sin pedir permiso, fué a entrar directamente.

El secretario la detuvo, sin conocerla, y le dijo:

—¿Dónde va usted?

—A ver al director — respondió ella.

—Hay que esperar turno—exclamó el secretario—. Todos esos están esperándolo.

—¿Esperar turno, yo?—le replicó ella— Usted debe estar loco.

—No estoy loco y sé lo que me digo—insistió el secretario—. Tendrá usted que esperar turno como todos.

Alina se le quedó mirando indignada y le dijo:

—Pero ¿por quién me ha tomado usted a mí?

Y sin darle tiempo a que contestase, le dió un empujón y lo quitó de la puerta para entrar ella.

—Buenas tardes — exclamó alegremente al ver sentado al director en su despacho y completamente solo.

Es un beso prolongao
que te da mi corazón

—Este arrabal me envenena el alma.

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

—¿Cuántas cartas?

—Será mi última partida.

—¿Se acabó la lección?

— Esta noche a descansar.

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

—Hace un siglo que no te veo.

Alina estaba bellísima.

—Lo encontré en tu automóvil.

—Tengo miedo por vos' Roberto.

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

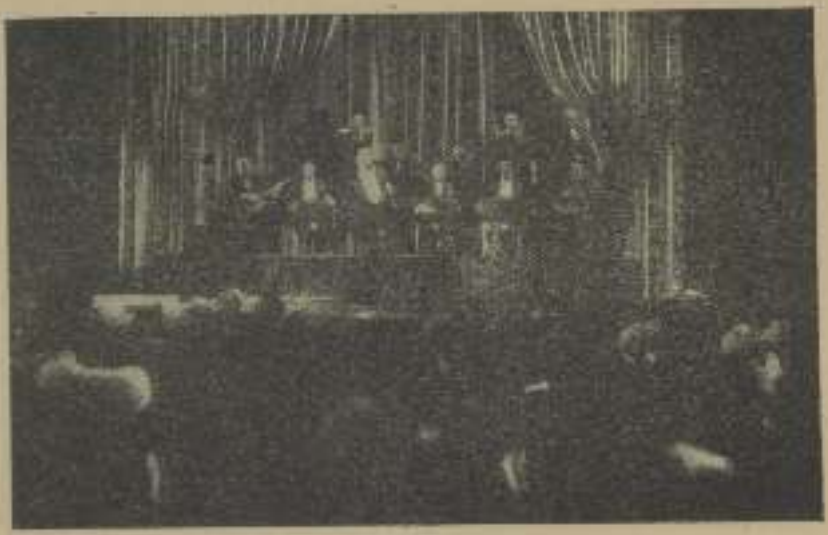
—Tú, a triunfar.

—La suerte nos protege

En un palco, rodeada de sus alumnas.

—Yo pago siempre mis deudas.

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL



Silencio en la noche,
ya todo está en calma.

—Toda mi vida es una mentira.

Este levantó la cabeza y, al ver de quién se trataba, se levantó para estrecharla en sus brazos, diciéndole:

—¿Eres tú, chiquilla? Hace un siglo que no te veo... ¿Cómo estás? ¿Qué es de tu vida?... ¿Cómo van esas lecciones?

Alina no quiso andarse por las ramas, como vulgarmente se dice, y fué directamente al asunto que allí la llevaba, diciéndole:

—Pues mis lecciones, bien... Y mis descubrimientos, mejor.

—¿Qué quieres decir?—preguntó sonriendo el empresario.

—Lo que digo. He descubierto algo muy importante.

El director se echó a reir creyendo que se trataba de alguna broma de aquel diablillo, y le preguntó:

—Vamos a ver... ¿Qué es lo que has descubierto?

—Pues he descubierto un Caruso del tango.

—Ah, vamos—respondió riendo el director, sin dar importancia a lo que le decía Alina— Y, como es natural, lo habrás descubierto en el café.

Alina lo miró asombrada. No comprendía cómo el director había podido saberlo tan pronto, y le dijo:

—¿Cómo lo sabe usted?

El se echó a reir y le dijo:

—Mira, nena, es lo corriente. En mi España, a todos los Cayarres del cante flamenco, y aquí, a todos los fenómenos de la canción criolla, los descubrimos siempre en el café. Y ahora vas a oir algo gracioso que te hará reir.

La cogió de la mano y la llevó hasta una puerta, la abrió sigilosamente y le dijo en voz baja:

—Oye.

Adentro había un hombre que ensayaba una canción, y lo hacía tan malamente, que Alina no pudo menos de exclamar:

—¡Qué mal canta!

—Pues es un futuro Caruso que acabará sableando a todo el mundo. Y no es eso todo... Ven, ven conmigo.

La llevó a otra puerta, que abrió también, y sucedió el mismo caso que en la anterior, con la sola diferencia de que en aquella ocasión se trataba de una mujer. Cerró la puerta y haciendo sentar a Alina le explicó aquello, diciéndole:

—Todas las aspirantes a tangueras, estrellas de la milonga criolla y todas las grandes artistas en el café son éstas... Pero para que veas mejor la mentalidad de toda esa gente te voy a dar una nueva prueba.

Hizo sonar un timbre e inmediatamente se presentó su secretario, a quien dijo:

—Llámeme a ese de la guitarra, ¿quiere?

Minutos después aparecía un cantor provisto de una guitarra y el empresario le dijo amigablemente:

—¡Hola, buenas tardes!... ¿Usted canta?

El individuo se contoneó ufanamente y respondió:

—¿Que si canto? Si usted me deja soy capaz de cantar hasta mañana.

Y antes de que le dieran la venia que solicitara, se puso a cantar, pero tan malamente, que el empresario lo hizo callar, diciéndole:

—No, no; aquí no, por favor... ¿Dónde canta usted?

—En la churrasquería «La mosca blanca».

—¿Y gusta usted a la clientela?

—¿Que si gusto?... Ayer, cantando el tango «Me muero», hice llorar a un negro.

—¡Magnífico! — exclamó burlonamente el empresario—. Pues vuelva usted mañana y tráigase al negro.

—¿Al negro? Y al blanco, si usted quiere—respondió alegremente el cantor—. Hasta mañana...

Cuando se hubo marchado, el empresario se acercó a Alina y le dijo cariñosamente:

—Ahí lo tienes, como tu cantor seguramente. Todos ases de café, luego, ante el micrófono y en el escenario, hay que oírlos... Dejan de ser ases para convertirse en sotas... y gracias.

Claro está que todas aquellas pruebas no eran suficientes para hacer desistir a Alina de sus propósitos y le preguntó a su amigo:

—La última pregunta: ¿quién es el mejor cantor para usted?

—¿Quién ha de ser, muchacha? —respondió el empresario—. Alfredo Ferrari... Ahí sí que hay carne de tango.

—¿Dice usted que Alfredo Ferrari?— le interrumpió Alina—. Pues mi protegido Roberto Ramírez es mejor que Ferrari.

—¿Mejor que Ferrari?—preguntó el empresario, empezando a sentir cierto interés.

—Sí, mejor que Ferrari—insistió Alina.

Aquella seguridad que daba Alina a sus palabras hizo dudar al empresario, hasta el punto que le dijo:

—Pues, mira, tendré que oírlo... Tráelo, tráelo, diablillo.

—Ahí está lo grave—respondió Alina—, que él no vendría si supiera que es usted un empresario, y que además no cantaría.

El empresario sonrió, comprendiendo lo que quería decirle la chiquilla.

—Comprendo; habrá que oírlo por sorpresa... Pues, mira, mañana doy en mi casa una fiesta íntima... Llévalo y si consigues que cante... a lo mejor... ¿quién sabe?

—Gracias, muchas gracias — exclamó alegremente Alina, saltando de contenta—. Le aseguro que no se arrepentirá.

El empresario acarició bondadosamente a Alina como podría hacerlo con una hija suya y la despidió diciéndole:

—Anda, chiquilla, anda, y que vengas tú solita... Te prefiero a ti sola.

—Iré con él y usted me lo agradecerá.

—Como quieras... Siempre termino haciendo lo que tú quieres.

La acompañó hasta la puerta y, una vez que se hubo marchado Alina, volvió nuevamente a su mesa, sin preocuparse más de aquel fenómeno que había descubierto la muchacha y que sin duda sería igual a los muchos que estaban esperando poder hablar con él.

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

LA FIESTA EN CASA DEL EMPRESARIO

Al otro día, Alina, tras no pocas súplicas, consiguió que Roberto la acompañara a la fiesta en casa del empresario, claro que sin decirle el motivo de aquélla.

Roberto, al final, aceptó ser su compañero, y cuando ya estuvieron en casa del director de la radio, Alina le preguntó:

—Dígame, Roberto... ¿Está usted arrepentido de haberme acompañado?

—No — respondió sinceramente Roberto—. Todo lo contrario. La gente es muy alegre y el ambiente es muy simpático.

—No sabe cuánto me alegro—exclamó ella—. Yo creí que se aburriría usted aquí conmigo.

—¿Cómo me voy a aburrir estando junto a usted?—exclamó amorosamente Roberto.

En aquel instante, el empresario llamó la atención de todos, haciendo callar a los músicos y les dijo a sus invitados:

—¡Un minuto de silencio para beber un cocktail de mi invención que lo he preparado yo mismo!

Empezó a vaciar el contenido de la coctelera, y al echar de menos a Alina y a Roberto, que estaban en la balaustrada que daba al jardín, les gritó:

—¡A ver esos tórtolos que se arrullan! ¡Que aquí está prohibido el régimen seco!... ¿Ustedes no beben?

—No—respondió inmediatamente Alina—. Roberto no bebe porque le hace daño a la voz.

—Pero a ti no—respondió el empresario.

Y dirigiéndose a Roberto le dijo:

—Se la devuelvo en seguida.

Alina se fué con el empresario a un rincón de la sala y, sin que nadie la oyera, le preguntó:

—¿Qué le parece mi protegido?

—Es muy simpático—respondió el empresario—, y tiene una sonrisa muy de teatro... ¿Y qué, se anima?

—No sospecha nada—respondió sonriendo Alina—, pero cantará... Déjeme a mí hacer.

El empresario sonrió burlonamente y le dijo:

—Bueno, yo me resigno a escucharle; pero antes quiero oírte a ti para desquitarme por anticipado, por si acaso...

Se dirigió inmediatamente a los invitados y les dijo:

—¡Señoras y caballeros! La gran sorpresa. Una pequeña y grande artista a la vez que va a cantar para ustedes.

Todos aplaudieron a Alina, mientras que el empresario le decía en voz baja:

—He dicho que vas a cantar para ellos; pero, en realidad, vas a cantar para mí una de esas canciones que a mí me gustan.

Alina se puso al piano y empezó una canción que decía:

TE LLEVASTE MI FE

Suspiro al evocar
aquel tiempo mejor,
añar, vivir, soñar,
con la cita primera.
Suspiro al evocar
los dulces días de ayer,
que fueron al pasar
fragante primavera;
sin un reproche te vi partir,
guardando penas te dejé ir...
Te llevaste mi fe,
yo igual te perdoné,
estoy solo y te llamo...
¡yo sólo sé que te amo!

Al terminar la canción, todos los invitados aplaudieron calurosamente mientras que Roberto, atraído por la canción de Alina, se acercaba al piano y sin darse cuenta empezó a cantar a su vez una canción titulada:

CUANDO NO ESTÁS

(Canción)

I

Solo en las rutas de mi destino
sin el amparo de tu mirar,
soy como un ave que en el camino
rompió las cuerdas de su cantar.

II

Cuando no estás
la flor no perfuma,
si tú te vas
me envuelve la bruma...
el zorzal, la fuente y las estrellas
pierden para mí su seducción.
Cuando no estás
muere mi esperanza.
Si tú te vas
se va mi ilusión...
Oye mi lamento
que confío al viento.
Todo es dolor
cuando tú no estás.

I bis

Nace la aurora resplandeciente,
claro mañana, bello rosal, (te,
brilla la estrella, canta la fuente,
ríe la vida, ¡porque tú estás!

II bis

Cuando no estás,
etc., etc.

El empresario oía con interés la canción de Roberto y a medida que éste iba cantando iba convenciéndose de que cuanto le dijo Alina era verdad. Aquel hombre interpretaba con todo el sentimiento propio de su alma argentina la canción que había cantado, y era, en efecto, un hallazgo del que se podía obtener un gran beneficio.

Por lo mismo, cuando terminó de cantar fué el primero en estrecharle la mano, mientras todos los demás aplaudían y le decían:

—¡Muy bien, muy bien!... ¡Magnífico!... ¡Es usted un gran cantor! ¡Yo se lo digo! ¡Debe usted cantar en un escenario!... ¡Ganaría usted mucha plata!

—Es muy diferente un escenario a una reunión de amigos—respondió modestamente Roberto.

—No lo crea—insistió el empresario—. Usted tiene alma de artista y yo la descubriré... Tenemos que hablar muy seriamente. Le espero mañana en mi despacho.

Y dirigiéndose a Alina le dijo:

—Tú te encargarás de traerlo.

—Descuide usted — respondió alegremente la muchacha, que empezaba a ver asegurado ya el éxito de su amigo.

Mientras tanto, Rancales seguía su vida de bohemio, gastando cuanto dinero podía sacar a sus amigos, y aquella tarde precisamente fué al café de «La Estrella» y le dijo al dueño:

—Estoy sin plata y necesito,

—Pues no puedo darte nada—le respondió el dueño—. Tu cuenta es larga.

—Déjame nada más que cien pesos... Te los devolveré pronto...

—Ni un centavo más—le respondió el dueño—. Ya te he prestado bastante.

—¡Mala suerte!—exclamó rabiosamente Rancales—. Dame cien pesos y esta noche te traeré mil.

El dueño lo miró con cierta burla y le respondió con sorna:

—Los bancos están cerrados de noche y no podrán sacarlos de tu cuenta.

—El mío está abierto a todas horas—replicó Rancales, pensando en dar algún golpe que le sacara de la miseria en que vivía.

—Pues entonces espérate a que lo abran para tener dinero y para pagarme.

Rancales, en vista de que no podía sacarle plata al dueño, abandonó el café ideando la forma de poder conseguir la plata que deseaba.

Fueron pasando los días y Roberto fué en busca del empresario siguiendo los deseos de Alina. Aquél consiguió convencerlo de que en el teatro tenía un gran porvenir y el muchacho terminó aceptando el contrato que le ofrecía.

La alegría de Alina era tan grande, que se la comunicó a Roberto y éste empezó a sentir el mismo optimismo que ella. Tanto le hablaba Alina de su triunfo, que Roberto llegó a creer en él como una cosa cierta. Además, el empresario había comenzado a hacerle una enorme propaganda y Roberto sentía cierto orgullo al verse reproducido en los grandes afiches que iban colocando por todas partes.

Esperaba ya el día de su consagración como artista como si aquel día fuese el más feliz de su vida, ya que de su éxito dependía también su dicha futura.

Si triunfaba en aquella prueba, podría dejar la vida que llevaba, podría ser un hombre honrado y ofrecerle su amor a Alina. Toda su ilusión era el poder hacerse digno de ella, y con esta esperanza veía pasar los días con la intranquilidad propia del que espera un acontecimiento que tiene que alterar el curso de su existencia.

Durante todos aquellos días, Roberto no dejó de acudir una sola noche a ver a Alina, y juntos estudiaban las canciones con las cuales tenía que debutar él. La muchacha seguía con el interés consiguiente todos los preliminares del debut de su amigo hasta que, por fin, llegó la víspera del tan esperado acontecimiento.

Las localidades del teatro se habían puesto ya a la venta, y Alina, en el despacho del director, se iba informando de todo lo concerniente a la función del día siguiente.

Cuando estaba hablando con ella llamaron al empresario por teléfono y éste se puso al habla. Después de algunos minutos de conversación abandonó el teléfono y le dijo a Alina:

—Es un italiano que me pide entradas para mañana noche, pero yo le he dicho que está todo el teatro vendido.

Alina miró sorprendida al empresario y no pudo menos que exclamar:

—¿Vendido?... Pero si estamos repartiendo invitaciones y nadie va a pagar...

El empresario se echó a reír al ver la extrañeza de la muchacha y le respondió tranquilamente:

—¿Me vas a enseñar tú ahora el oficio, chiquilla? Supongo que no pensarás que la gente se fuese a pegar de bofetadas para oír a un cantor que nadie conoce.

Al mismo tiempo, Roberto pegaba en la pared de la sala de su casa uno de los afiches y llamó a su amigo, diciéndole:

—¿Qué te parece, Pedro?

—No está mal, pero no debías pegar eso aquí... ¿Qué dirían los millonarios si lo vieran?

—¡Los millonarios! — respondió Roberto diplicente—. Viviremos sin ellos... Dentro de algunos días seré famoso...

—¿Lo crees?—preguntó, dudando, Pedro Gutiérrez.

—Así dicen todos—exclamó convencido Roberto— Dicen que me lloverán los contratos por todas partes... Si es cierto, si la suerte me ayuda... verás una vida nueva, limpia, cara al sol... Entonces, tal vez tenga el derecho a ser feliz.

Gutiérrez quedó pensativo ante las palabras de su amigo, y al final exclamó:

—Yo también sueño con cambiar de vida. Una casita en el campo, un jardín con muchas flores, muchos corderillos... y unos pibes llamándome papá...

Más, de pronto, sintió la duda de que aquello del canto pudiera ser una ilusión de su amigo y, por lo que pudiera suceder, le preguntó:

—Che, si eso del canto fallara, ¿los empresarios entrarían en alguna partidita de poker?

Roberto no pudo menos que echarse a reír ante aquella salida de su amigo y le respondió bromeando:

—Eres incorregible; pero no tengas miedo, esto del canto no fallará.

—Es que, verás, como en estos días no hemos hecho nada, pues la verdad, andamos un poco escasos de plata...

—Pero, caramba—exclamó Roberto extrañado — Si hace unos días que te di...

—Sí, es verdad—confesó Gutiérrez—, pero Rancales estuvo y...

—¡Rancales!—exclamó indignado Roberto—. ¿Todavía andamos con Rancales? ¡Mira, esto tendrá que terminar de una vez!

—Eso mismo digo yo—respondió Pedro—; pero ahora lo interesante es que necesitamos plata... ¿Y si fuéramos al club para tentar la suerte? Hace ocho días que no vamos... ¡A lo mejor eso te dará suerte para tu debut!

—¿Eres supersticioso? — le preguntó Roberto.

—Y vos también deberías serlo. Todos los grandes artistas lo son.

—Pues bien, iremos — terminó diciendo Roberto—. Pero será mi última partida.

Gutiérrez no pudo contener su satisfacción al ver que Roberto se decidía al fin, y exclamó alegremente:

—¡Así me gusta verte, Roberto! ¿Qué quieres que te diga? Le tengo más confianza a tus manos que a tu garganta... ¡Cantar, cualquiera puede cantar! A lo mejor no hay ni una entrada vendida

—Voy a saberlo en seguida—respondió Roberto llamando por teléfono a la dirección del teatro.

El empresario, que se hallaba con Alina, se puso al habla, y al saber quién era, le preguntó:

—¿Qué pasa, Roberto?

—¿Es Roberto? — preguntó alegremente la muchacha—. Déjeme que hable con él.

—Espera, muchacha, espera—le dijo el empresario, calmando su impaciencia—. Vamos a ver qué es lo que quiere.

Roberto le preguntó si había mucho vendido y el empresario, para darle ánimos, le respondió:

—Sí, hombre, sí... ¿Cómo va a ir? ¡Formidablemente!... ¡Una gran entrada!... ¡Haremos un dinero!...

—¿Está el teatro vendido?—preguntó nerviosamente Roberto.

—Sí, hombre, sí—volvió a decirle el empresario—. Puedes estar tranquilo... Tendremos un gran éxito... ¿Que con quién hablaba? Era con tu manager femenino, con tu musa, con tu estrella, que ahora va a hablarte.

La muchacha se puso al habla y Roberto le dijo al oírla:

—¡Qué alegría, Alina!... Quisiera verla... Tengo tantas cosas que decirle...

—De ningún modo—respondió la muchacha enérgicamente—. Me las dirá mañana en el teatro... Esta noche, a descansar...

—Pero deberíamos ensayar—le dijo Roberto, buscando el pretexto para poder estar a su lado un rato.

La muchacha comprendió lo que quería y se opuso nuevamente, diciéndole:

—No hay necesidad de ensayar. Descanse, que mañana le hará falta.

—Bueno, entonces hasta mañana—se despidió Roberto.

Dejó el teléfono, y su amigo, que había estado esperando que terminase de hablar, le dijo:

—Bueno, ¿nos vamos?

—Iremos al club—le dijo Roberto—. ¡Ah, pero esta noche quiero jugar lealmente, sin trampas! Esto me traerá buena suerte...

Gutiérrez se le quedó mirando desesperanzado, y le contestó:

—Pero ¿vos creés en supersticiones idiotas?

—Pero ¿no acabás de decirme que los artistas deben ser supersticiosos?—replicó riendo Roberto.

Y sin querer oír los razonamientos de su amigo, se metió en su cuarto para cambiarse de ropa, y poco después se dirigían en el coche, conducido por Gutiérrez, hacia el club.

EL ENCUENTRO CON RANCALES

DESDE hacía varios días, todas las noches Rancales se situaba a la puerta del club, esperando que llegase Roberto para darle un nuevo sablazo. Estaba seguro de que allí tendría que acudir y de que le daría lo que le pidiera, antes de permitir que él dijese la verdad sobre la personalidad y procedimientos de Roberto.

En esta seguridad, esperaba impaciente hasta que, por fin, aquella noche vió llegar el coche de Roberto.

El primero que lo vió fué Gutiérrez, que exclamó contrariado:

—¡Rancales!... ¡Otra vez Rancales! Toma el volante, que voy a liquidar cuentas con él.

Pero Roberto lo detuvo y saltando él primero del coche le dijo:

—No... Estos son asuntos míos y yo los arreglo.

Se dirigió directamente hacia donde estaba Rancales y le preguntó:

—Me esperabas... ¿no?

Rancales, con su peculiar cinismo que lo hacía aun aparecer más desvergonzado, le dijo sonriendo:

—Tenía gusto en volverte a ver.

—Pierdes el tiempo—le dijo terminantemente Roberto—. No tengo plata.

El otro, sin abandonar su aire de cínico, se encogió de hombros y le respondió:

—Pero para servir a un amigo se sale a buscarla.

Roberto, cuya paciencia iba terminándose al ver el cinismo de aquel hombre, le reconvino, diciéndole:

—¡Fugás con fuego, Rancales!

Y sin querer sostener más conversación con él, intentó entrar en el club. Sin embargo, Rancales lo detuvo por un brazo y le dijo:

—Íbamos a medias cuando robábamos en el café de «La Estrella», iremos también a medias en tu club.

Roberto, para evitar un escándalo allí, intentó convencer a su antiguo amigo y le dijo nuevamente:

—¡Ya me has sacado bastante, y por tu bien te lo digo, no te cruces en mi camino!... ¡No quiero saber nada de ti!

—En tu camino...—exclamó burlonamente Rancales, siguiendo a Roberto, que ya había entrado en el club— Tu camino es el mío... Sos tan ladrón como yo.

Roberto lo miró despectivamente y sin hacer caso del insulto se contentó con decirle:

—Sos un desgraciado.

—¿Desgraciado? — exclamó impaciente Rancales.

Gutiérrez, que los vigilaba, comprendió que la cosa iba poniéndose demasiado seria, y antes que pudieran darse cuenta los porteros y camareros del club de lo que pasaba, ideó un medio de distraerlo. Dió marcha a su coche y lo lanzó sobre el que estaba parado ante él. Al ruido producido por los dos coches salió el portero, el botones y cuantos estaban por allí, exclamando:

—¡Un accidente!... ¡Un accidente!

Corrieron hacia donde estaban los coches y al ver que se trataba de Gutiérrez, el portero le preguntó:

—¿No está usted herido, señor?

—No, no es nada—respondió Gutiérrez—; un pequeño golpe, no es nada... Levanten el parachoques...

Alrededor de los dos coches se había reunido una infinidad de curiosos y aquello dió motivo para que la atención de todos se distrajese con el accidente, y Roberto y Rancales pudieran seguir hablando dentro ya del club.

Cerca ya del ascensor, Rancales sujetó de nuevo a Roberto y le dijo:

—¡Ramírez, hemos de hablar!

—¿Otra vez vos?—preguntó impaciente Roberto—. Es mejor que te vayas, si es que no querés que te lleven preso.

—Nos llevarán juntos— respondió Rancales.

Roberto lo miró con gran desprecio. ¿Sería posible que aquel hombre, después de todos los favores que le había hecho, pudiera delatarle? Y ante aquella idea, le dijo:

—Es lo único que te faltaba... ¡Batidor!... ¡Anda, denúnciame!

—¿Denunciarte? — respondió el otro—. No es mi oficio... Prefiero que mañana sepa cierta personita que el generoso protector de criaturas es un viejo ladrón.

Roberto comprendió en seguida la intención de aquellas palabras y, revolviéndose furioso contra su antiguo amigo, le preguntó:

—¿Qué decís?

—Nada, que tendrá una agradable sorpresa la maestrita Alina cuando lo sepa.

Ya fué imposible contenerse por más tiempo y Roberto se lanzó sobre Rancales con ánimo de estrangularlo. Todo lo podía consentir él menos que Alina se complicase con su vida.

Rancales, al comprender que Roberto era más fuerte que él, sacó una pistola para disparar sobre Roberto. Este, al ver el arma, se abrazó a su adversario y el tiro fué a dar al mismo Rancales, que cayó muerto en el acto.

Al cabo de pocos minutos, cuando todo el mundo estaba tranquilamente jugando, un portero se acercó al gerente y le habló en voz baja. Este demostró con su gesto la desagradable sorpresa que le producían las palabras del portero y salió con él hacia el ascensor, abrió la puerta y al ver el cadáver de Rancales, exclamó:

—¿Pero qué ha pasado?

Varios socios, que habían advertido la maniobra del portero y del gerente, salieron para inquirir lo que había pasado, y al ver que se trataba de un muerto, fueron a llamar a los otros jugadores, hasta que al cabo de dos minutos todos se hallaban rodeando el cadáver de Rancales y haciendo cada uno un comentario a su gusto.

Había quien decía que aquello se trataba de un suicidio... Otros, que tal vez fuese un asesinato... Pero lo único que nadie podía sospechar era quién podía ser el verdadero autor de aquella muerte.

El gerente, antes de tocar el cadáver de Rancales, le dijo a un camarero:

—¡Avisen a un médico en seguida!... ¡Yo voy a llamar a la policía!

Cuando hubo hablado con la Co-

miseria, dándole cuenta de lo que ocurría, volvió de nuevo el gerente adonde estaban los socios del club, y les dijo:

—Señores, yo les ruego que no toquen nada hasta que venga la Policía... Si ustedes me hicieran el favor de volver a la sala de juego...

Gutiérrez, que había entrado momentos antes, al ver el cadáver de Rancales, comprendió lo que había pasado; mas en su rostro no se advirtió la menor señal que pudiera infiltrar ninguna sospecha.

El gerente, apurado ante la situación, no sabía decir otra cosa que rogar a los socios que entrasen en la sala de juego hasta que viniese la Policía.

Poco después aparecieron el médico y el policía. Por una de esas raras casualidades en las que se complace a veces el Destino, éste había hecho que el inspector enviado al club fuese precisamente Maldonado, el mismo a quien Roberto, en cierta ocasión, le salvara la vida.

Cuando llegó adonde estaba el gerente, le preguntó:

—¿Qué ha pasado?... ¿Un asesinato?

—No sé qué decirle, señor inspector—respondió el gerente azorado—. Es algo espantoso... Imagínese usted la reputación del club... Síganme: está arriba, en el otro piso.

Subieron hasta el piso donde había quedado detenido el ascensor y el médico reconoció el cadáver de Rancales, diciendo inmediatamente:

—La muerte ha debido ser instantánea... No hay nada que hacer. Buenas noches.

Maldonado se fijó entonces en quién era el muerto y, sin darle ninguna importancia, exclamó:

—¿Lo conocía usted, señor inspector?—le preguntó el gerente.

—Sí, era un antiguo conocido mío.

—¿Y qué piensa usted?—preguntó el gerente, que lo que quería a toda costa era evitar el escándalo.

—¿Dice usted que el disparo fué hecho desde la planta baja?

—Así fué, señor inspector. Sonó el disparo y en seguida el ascensor se puso en marcha.

—¿Quiénes son los empleados de la planta baja?—preguntó el inspector.

Aparecieron los botones, y el inspector preguntó a uno de ellos:

—¿Dónde estaba usted al sonar el disparo?

—En la puerta de servicio—respondió el interrogado—. Al oír el disparo me fuí por el pasillo y llegué cuando el ascensor subía.

—¿Y usted, qué es lo que ha visto?—preguntó al otro empleado.

—Yo no vi nada, señor—respondió—. El botones y yo habíamos salido porque el coche del señor Torres se había estrellado a treinta metros del club.

—¿Quién es ese señor Torres?

—Un socio del club, señor inspector—respondió el gerente.

—¿Cuáles son los empleados del tercer piso?—preguntó de nuevo el inspector.

—Ese y éste—respondió el gerente, señalando a los que prestaban servicio en aquel sitio.

—¿Qué hizo usted cuando oyó el disparo?—le preguntó el inspector.

—Fui corriendo a buscar al señor gerente—le dijo el empleado.

—Pero antes ¿hizo usted subir el ascensor?

—No, señor.

—¿Ni usted tampoco?

—Tampoco, señor inspector.

El inspector quedó un momento en silencio y al fin exclamó, como si hablase consigo mismo, pero en voz alta:

—Es decir, que nadie llamó desde el tercer piso... Está bien; hagan el favor de quitar el cadáver.

Sacaron, entre varios empleados, el cadáver de Rancales, y el inspector entró dentro del ascensor, mientras decía:

—¿Puede enviarse el ascensor desde la planta baja al tercer piso?

—Unicamente encerrándose dentro de él y apretando los botones interiores—respondió el gerente.

Maldonado, a medida que iba inspeccionando el interior del ascensor, seguía diciendo:

—Luego si el asesino no pudo hacer funcionar el ascensor, hay que admitir que tendría cómplices en este piso.

—Imposible, señor inspector—le respondió el gerente—. En este caso, le hubiéramos visto nosotros.

—Entonces, el asesino ha encontrado el medio de hacer subir el ascensor sin ayuda ajena.

En aquel momento el inspector vió en el suelo del ascensor una cerilla y la recogió. Iba ya a tirarla, cuando cambió de parecer y la guardó en el bolsillo de su chaleco. Nuevamente volvió a preguntar el gerente:

—¿Ha notado la falta de alguno de los socios que habitualmente vienen a esta hora?

—No creo—respondió el gerente—. Es decir, sí. Falta el señor Martel, que está de viaje, y el señor Torres, que hace varios días que no viene por el club.

—Pero ¿no han dicho que el automóvil del señor Torres...?

—Sí, señor, sí—intervino un empleado—. El automóvil era del señor Torres; pero únicamente vi bajar de él al señor Gutiérrez, su secretario...

En aquel instante apareció Roberto, que subía tranquilamente por las escaleras, y el gerente, señalando a él, exclamó:

—¡Aquí llega el señor Torres!

Este llegó hasta donde estaba el gerente y, sin fijarse en Maldonado, le dijo:

—Me he enterado del suceso del ascensor... Esto hará célebre a nuestro club.

El gerente le indicó a Maldonado y le dijo:

—El inspector, señor Torres.

Roberto se volvió hacia el policía y lo reconoció inmediatamente. No obstante, con una serenidad y sangre fría asombrosas, aparentó no conocerle y le dijo:

—Perdón, señor, que le haya distraído en su tarea.

Y dirigiéndose al gerente, le preguntó:

—¿Continúa la partida?

—Naturalmente que sí, señor Torres—respondió el gerente.

Roberto fué a entrar en la sala de juego en cuya puerta estaba ya Gutiérrez esperándolo, cuando el inspector le detuvo, diciéndole:

—¿Me haría usted el favor de darme fuego, señor Torres?

—¡Cómo no!—respondió Roberto echándose mano al bolsillo donde llevaba los fósforos.

Mas de pronto retiró la mano y empezó a buscarse por otros bolsillos, exclamando:

—¡Caramba!... ¿Dónde lo habré puesto?... Debo haber perdido el encendedor.

Gutiérrez, que sabía que su amigo jamás había usado encendedor, comprendió que algo grave debería ser el no querer sacar la caja de fósforos e intervino sonriendo, a la vez que le daba su encendedor y le decía:

—No lo busques, hombre. Lo encontré yo en tu coche.

Maldonado encendió el cigarro mirando fijamente a Gutiérrez, como dándole a entender que había adivinado su juego y se despidió de ellos diciéndoles:

—Muchas gracias, señores.

Gutiérrez cogió del brazo a su amigo y mientras entraban en la sala de juego le preguntó en voz baja:

—¿Te conoció?

—No creo — respondió Roberto—, pero no tardará mucho en acordarse.

—¡Maldita noche—exclamó Gutiérrez—. ¿Y por qué no le diste fuego con tus fósforos?

—Ya lo sabrás más tarde. No es ahora ocasión de hablar de ello.

—Lo que hay que hacer es desaparecer del club y de la ciudad inmediatamente—le aconsejó Gutiérrez.

—No lo haré así—exclamó Roberto—. Mañana es mi concierto... Debo cantar y cantaré... Ya no tengo derecho de huir.

Fueron hacia una mesa desde donde habían invitado a jugar a Roberto, mientras que el inspector había quedado hablando con el gerente, quien le decía:

—Suponiendo que fuera posible enviar el ascensor desde la planta baja, ¿para qué iba a hacerlo subir el asesino?

—Simplemente para que el personal de la casa se echara a correr escaleras arriba—respondió el inspector—. De esta forma, el asesino podría salir, tranquilamente, por la puerta como si fuera un socio cualquiera...

El inspector hablaba sin dejar de mirar el ascensor, en el que había entrado.

Se acordó de la cerilla que tenía en el bolsillo y sacándola la introdujo en uno de los botones del ascensor de forma que la presión de la cerilla hiciera permanecer apretado el botón. Cuando consiguió esto, que fué fácil, le dijo al gerente:

—Cierre la puerta, haga el favor.

Inmediatamente que el gerente hubo cerrado la puerta, el ascensor subió hasta el piso al que correspondía el botón.

Al llegar a él, el botón saltó haciendo caer la cerilla al suelo y quedó parado el ascensor. Volvió a recoger la cerilla y volvió otra vez a bajar adónde estaba el gerente, que le dijo, admirado de la suspicacia del policía:

—Tiene usted buen olfato.

—¡Y el señor Torres manos muy finas!—replicó el inspector.

—¿Cómo?—preguntó el gerente, que no comprendió la respuesta del policía.

—¿Quiere decirme si el señor Torres es muy afortunado en el juego?

—Sí, mucho—respondió el gerente—; pero no creo que vaya usted a pensar... El señor Torres es hijo de un rico hacendado...

—Sí, perfectamente—le atajó el policía—. Muchas gracias por todo. Ya volveré si es preciso.

Y se despidió del gerente sin que le hiciera partícipe de la sospecha que tenía sobre la probable partici-

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

pación de aquel tal Torres sobre el asesinato.

Estaba seguro de haber visto aquella cara en otro sitio y por más que se esforzaba por recordarlo no caía dónde había visto a aquel hombre. De lo que sí estaba seguro es de que le conocía, y no precisamente de ningún sitio aristocrático, como era aquel club.

EL DEBUT

LLEGO por fin la noche del debut de Roberto. Este, a pesar de los consejos de Gutiérrez, se había empeñado en cantar aquella noche, ya que tenía su palabra dada a Alina y no quería de ningún modo faltar a ella.

En las inmediaciones del teatro fueron llegando los coches y de ellos un enorme gentío que seguidamente entraba al coliseo.

Poco a poco éste se fué llenando hasta estar completamente ocupadas todas las localidades. El empresario había tenido buen cuidado de dar a aquel acto toda la solemnidad que requería el lanzamiento de un nuevo artista, y nada faltaba para que el nombre de Roberto Ramírez fuese conocido, en el caso de que respondiera su actuación a la expectación despertada.

En uno de los palcos principales estaba Alina con sus discípulas. Miraba inquietamente al público, como si en vez de juzgar la labor de Roberto tuviese que juzgar la suya.

Mientras tanto, por los pasillos del teatro los periodistas iban a la caza de noticias y al encontrarse con Gutiérrez le preguntaron:

—¿Usted es el secretario del señor Ramírez?

—Soy su manager—respondió el otro sonriendo.

—Entonces, ¿quisiera usted decirme si hace mucho tiempo que canta?

—Desde chiquito—respondió Gutiérrez—. Imagínese que lo bautizaron con una púa de gramófono.

La intranquilidad de Alina no le permitió permanecer más tiempo en su palco sin ver a Roberto y fué a buscarlo a su camerino.

Estaba éste ya vestido para salir a cantar, cuando llamaron a la puerta y dió permiso para entrar. Al ver que era ella, exclamó entusiasmado:

—¡Alina!... ¿Usted?...

—Yo misma—respondió riendo Alina—. ¿Cómo van esos ánimos? ¿Emocionado?

—Un poquito—respondió Roberto—. Pero tengo confianza porque hay unos ojos que velan por mí. Los suyos, Alina.

—Y los de mis niñas—respondió riendo graciosamente—. Ya las verá en un palco. ¡Están más contentas!

—Alina—exclamó amorosamente Roberto, cogiendo las manos de la muchacha—, ¿podré llegar a ser digno de usted?

—¿Digno de mí?—preguntó ella extrañada—. Pero si usted es el mejor de todos los hombres...

—No, no, Alina... Usted debe saber toda la verdad... Yo debo decirle...

Y antes de que él pudiera decirle nada, entró el empresario, exclamando:

—Vamos, Ramírez... Ya llegó el momento... ¿Qué, valiente?

—No lo crea—le dijo Alina—. Tiene muchísimo miedo.

—¿Miedo, a qué?—preguntó el empresario—. Yo no me equivoco nunca. Además, aquí tienes a tu hada buena... Porque vamos, vamos... Tú, a triunfar y nosotros a aplaudirte.

Salieron del camerino del artista, mientras que éste se dirigía también al escenario.

La orquesta había empezado ya a tocar cuando Roberto se acercó al escenario. Gutiérrez le estrechó la mano, diciéndole conmovido:

—Hermano, ésta es tu noche.

—Gracias, viejo—respondió Roberto sin detenerse.

Por fin se levantó la cortina y en el escenario apareció la orquesta típica argentina que había de acompañar al debutante en sus canciones. El público, al aparecer Roberto en escena, lo recibió con algunos aplausos, que sirvieron para animar más aún a Roberto, que inmediatamente empezó a cantar una de sus canciones favoritas que se titulaba:

SILENCIO

CANCIÓN ETERNAL

I

¡Silencio en la noche!... ¡Ya todo está en calma!...
El músculo duerme... ¡La ambición descansa!...
Meciendo una cuna, una madre canta
un canto querido que llega hasta el alma
porque en esa cuna está su esperanza.
Eran cinco hermanos, ella era una santa;
eran cinco besos que cada mañana
rozaban muy tiernos las hebras de plata
de esa viejecita de canas muy blancas.
¡Eran cinco hijas que al taller marchaban!

II

¡Silencio en la noche!... ¡Ya todo está en calma!...
El músculo duerme... ¡La ambición descansa!...
... ...
Un clarín se oye... ¡peligra la patria!...
Y al grito de guerra los hombres se matan
cubriendo de sangre los campos de Francia.
Hoy todo ha pasado; florecen las plantas;
un himno a la vida los grados cantan.
Y la viejecita de canas muy blancas
se quedó muy sola... ¡con cinco medallas
que por cinco héroes la premió la patria!...

III

¡Silencio en la noche!... ¡Ya todo está en calma!...
El músculo duerme... ¡La ambición descansa!...
... ...
¡Un coro lejano de madres que cantan
mecen en sus canas nuevas esperanzas!...
¡Silencio en la noche!... ¡Silencio en las almas!...

Al terminar la canción, dicha con tanto sentimiento, cantada con tanto gusto y con voz tan dulce, que llegó a emocionar a cuantos le oían, el público le tributó una ovación clamorosa que le obligó a salir varias veces a escena.

Alina no cesaba de aplaudir, y con ella, todas las niñas que la acompañaban. De sus bellos ojos se desprendían lágrimas de alegría y en aquel instante hubiera abrazado y besado con toda su alma a Roberto de tenerlo junto a ella.

Cuando terminó de saludar entró en el escenario Pedro, que corrió a abrazarlo y le dijo emocionado:

—¡Muy bien!... ¡Muy bien! Pero tengo miedo por vos, Roberto...

Roberto sonrió tranquilo y le dijo:

—¿Miedo?... Ahora que me espera el éxito, la fama, la felicidad... Estás loco, viejo... Te ciega el cariño que me tienes.

Pero Gutiérrez no se hallaba tranquilo. Tenía presente lo ocurrido la noche anterior y siguió al artista a su camerino, diciéndole:

—Escúchame, Roberto. No hagas tonterías, que pueden resultarte caras.

—¿Caras?... ¿Por qué?—preguntó Roberto, dejando entrar a su amigo y cerrando la puerta tras él—. ¿Qué es lo que temes?

—Temo por lo de anoche. Sé que fuiste tú.

Roberto, por más que quiso aparecer sereno, no pudo evitar que una intensa palidez cubriera su rostro y le puso una mano en la boca, diciéndole:

—Callá, viejo, callá. ¿No ves que podrían oirte?

—No temas, nadie nos escucha; pero yo sé que Rancales murió por ti.

Roberto miró fijamente a su amigo y le respondió:

—Te equivocas, amigo. Rancales se mató él mismo.

—No es verdad—insistió Gutiérrez—. Rancales era demasiado cobarde para hacer eso.

—¿Crees que te engaño?—le reprochó Roberto—. ¿Crees que no tengo confianza en vos?

Eran tan sinceras aquellas palabras, que Gutiérrez no se atrevió a dudar más y miró a su antiguo como interrogándole.

Roberto comprendió la extrañeza de su compañero y le dijo:

—Rancales quiso matarme y se mató él mismo. Yo no quería hacer caso a sus insultos; todo se lo hubiese perdonado si no me hubiese amenazado con algo que yo no podía consentir.

—¿Y qué era ello?—preguntó

Gutiérrez, que cada vez sentía más curiosidad.

—Se trataba de Alina—respondió Roberto, como si en aquel nombre quisiera condensar todo el dolor que le habría producido verse descubierto ante ella sin haber podido intentar antes su redención.

—Rancales—continuó diciéndole—me amenazó con descubrir mi vida a Alina, y no pude contenerme y me lancé sobre él, y entonces sacó una pistola; yo era el más fuerte y conseguí dominarlo. Luchamos unos segundos hasta que el arma se disparó y la fatalidad hizo que le hiriese.

—La fatalidad o la suerte—le atajó Gutiérrez—. Ese Rancales era un peligro constante para nosotros; conocía nuestras vidas y el día que nos hubiésemos negado a atender sus exigencias nos habría delatado.

—Lo sé—respondió Roberto—, pero ya habríamos procurado que ese día no llegase.

—¿Y cómo se te ocurrió lo del ascensor?—preguntó Gutiérrez.

—Fué una idea rápida, uno de esos pensamientos rápidos que acuden en los instantes más difíciles de una vida. Cuando vi a Rancales muerto sentí miedo al interrogatorio. Comprendí que si me descubrían sería detenido, y si como Torres me salvaba, como Ramírez me perdía. En aquel instante vi que todos los empleados estaban en la calle, y antes que pudieran verme introduje el cuerpo de Rancales en el ascensor y puse en marcha el botón, de la misma forma que ha explicado ese Maldonado.

—La suerte fué que no te reconoció—exclamó Gutiérrez.

—No me reconoció o fingió no conocerme. Hasta entonces no había ninguna prueba contra mí y todas sus acusaciones hubiesen sido aventuradas. Era preciso algo más para detenerme. ¿Te acuerdas de su estratagema de pedirme lumbre? Si me descuido un poco, caigo en la trampa.

—Gracias a que estaba yo—exclamó con satisfacción Gutiérrez.

—Así es—confirmó Roberto—. Tu intervención desconcertó al policía.

Roberto estaba ya casi vestido. Su smoking había sido cubierto por un traje de calle, para cantar una nueva canción. Se miró ante el espejo y sonrió, haciendo que Gutiérrez le preguntase:

—¿De qué te ríes?

—No creerás que me río por lo que te he dicho, sino porque veo en este espejo reflejada toda mi vida. Con este traje y con este tipo, reencarno nuevamente al antiguo Ramírez. Hasta me parece estar oyendo

aquella música ramplona y percibir el olor de alcohol barato.

Sonó un timbre anunciando que estaba próxima la salida de Roberto y éste condujo a su amigo hasta fuera del camerino, diciéndole:

—Andá, viejo, y estate tranquilo, que nada pasará. Vete a presenciar mi segundo triunfo.

—¡Dios quiera que no sea el primero y el último!—respondió Gutiérrez.

—No seas sonso, hombre—le dijo Roberto—. Te traje esta noche para que me dieras ánimos y soy yo el que te los tiene que dar.

Gutiérrez no quiso insistir más. Su deseo hubiera sido el abandonar el teatro en aquel instante y huir lejos de la ciudad. Era supersticioso como todo buen jugador y aquella noche sentía la corazonada de que algo grave iba a ocurrir.

El no podría haber explicado en que se basaban sus presentimientos, pero tenía la convicción de que se estaban jugando la última carta de su vida. Pero lo más grave del caso era que en aquella partida no tenían ventaja, era un juego en el que de nada servían la agilidad y el arte de Roberto, puesto que los únicos naipes que había en aquella baraja eran el factor suerte y casualidad.

Mohino y cabizbajo entró al escenario y recorrió de un lado a otro la escena, aprovechando el que las cortinas estaban echadas. Luego se acercó al camerino de Roberto, y al sentir pasos que venían en aquella dirección, se separó de la puerta y se puso a pasear, como el hombre que nada teme.

También Roberto, durante aquellos minutos, había sufrido la inquietud que su compañero le había contagiado. Temía a Maldonado y pensaba que aquel hombre no podía haberlo olvidado tan fácilmente. Le había conocido en uno de esos momentos que jamás se borran de la mente de los seres y esperaba que no tardaría mucho en detenerle, sospechando de él. La duda lo consumía materialmente, ya que el único que podía sacarle de ella era el gerente del club. Mas, ¿cómo preguntar a éste sin producir las sospechas? Para evitarlas tenía que mostrarse indiferente, aparentar la mayor despreocupación.

Preso por esta duda y esta inquietud que le atormentaba, quedó durante algunos segundos sentado sobre un sillón y con la cabeza apoyada en las manos.

De aquel ensimismamiento lo sacó el recuerdo de Alina. A través de sus manos le pareció ver el rostro de la joven y que le sonreía con aquella risa deliciosa y angelical que hacía brotar en su alma los más

encontrados sentimientos. ¡Qué buena era! ¡Cuánta dulzura había en toda ella! Perderla era perder su propia vida, y ésta, con el amor de la linda maestrita, estaba allí en el escenario. Tenía que ganarla con su arte. Este era el único camino que le quedaba para redimirse y para hacerse digno de ella.

Una ola de optimismo inundó todo su ser. Lo más difícil ya estaba hecho. El no sabía nada de teatros, pero a pesar de su inexperiencia pensaba que lo principal era romper la frialdad del público. Esto ya lo había conseguido y a poco que se lo propusiera, obtendría lo demás.

Se levantó y se fué hacia el espejo. Tenía miedo de que su rostro reflejase la lucha que interiormente sostenía. Afortunadamente, aquella palidez de hacía un momento había desaparecido y volvía nuevamente a ser dueño de su voluntad. Pocos artistas habían sufrido tanto como él en la noche de su debut y pocos, también, se habrían jugado tanta felicidad como la que él se jugaba en aquellos momentos.

Un tercer toque de timbre le anunció que debía empezar su actuación, y para calmar por entero sus nervios sacó un cigarrillo y lo encendió.

Al tener en sus manos la caja de fósforos sonrió pensando en que parecía mentira que un objeto tan pequeño como era aquél pudiera encerrar nada menos que el secreto de la muerte de un hombre. Y sin sentir el menor remordimiento, convencido de que había sido la fatalidad la que mató a Rancales, salió de su camerino hacia el escenario.

En el palco del empresario, al mismo tiempo, uno de los que le acompañaban le decía:

—Hay que ir a felicitar a ese hombre.

—¿Felicitarle a él?—exclamó orgulloso el empresario—. A mí hay que felicitarme, porque lo he descubierto... Puedo decir que soy el Cristóbal Colón del tango. ¡Este triunfo es suyo, pero es mío también, mío!... ¡Somos unos grandes artistas!... Tenemos una voz excelente... Voy a darle un abrazo que lo voy a partir...

Roberto se había cambiado ya de traje y Gutiérrez le gritó nerviosamente:

—¡Vamos, Roberto, rápido, a escena!

Volvió a salir Roberto y ya no fueron unos simples aplausos los que acogieron su aparición, sino una ovación cerrada que hizo que el muchacho tuviera que saludar al público. A partir de aquel instante Roberto se sintió dueño de sí mismo.

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

se convenció de que valía para el arte y sin la menor duda se dispuso a cantar de nuevo.

En aquella ocasión quería cantar para Alina, quería dedicarle aquella canción, la misma que oyó ella por primera vez y que él había dicho que le cantaría siempre que la viera. Por lo mismo se adelantó hacia las candilejas, y mirando fijamente a Alina, que estaba en el palco, le hizo una seña con los ojos, como indicándole que solamente para ella cantaba.

Y las notas de la «Melodía de arrabal», dulces, suaves, cariñosas como el quejido de una alma enamorada, salieron de sus labios, produciendo en el auditorio una sensación tan extraordinaria, que ni uno solo de los oyentes pudo abstenerse de sentir la emoción de la canción.

Y si grandes fueron los aplausos con que premiaron su primera canción, mayores fueron todavía los que prodigaron a la segunda. El público, puesto en pie, aclamaba con delirio a aquel hombre que sabía expresar con tanta sinceridad el alma del pueblo, y Roberto, desde el escenario, recibía emocionado aquellas muestras de admiración, sin quitar la vista de Alina, que lloraba de alegría y aplaudía sin cesar.

UNA DEUDA SALDADA

POR nada del mundo habría cambiado Roberto aquel instante de dicha tan inmensa. Una de sus grandes ilusiones quedaba ya satisfecha con aquel triunfo, y veía ya su nombre figurar en las listas de los carteles de los primeros teatros del mundo.

Desde aquel instante sería ya otro... Ya no tendría que seguir siendo un jugador ventajista, sino que sería un hombre honrado que trabajaría para conseguir regenerarse y poder llegar un día en que le fuera posible ofrecerle su amor a Alina.

Toda su vida se condensaba en aquel nombre: Alina. Alina era para él la ilusión hecha realidad, el sueño de una quimera que tomaba forma y se hacía tangible en el cuerpo delicioso de aquella chiquilla, en cuyos ojos tantas veces había visto reflejarse su imagen. Alina era su musa, su hada bienhechora, por la que podría huir de la vida que hasta entonces había llevado, y emprender el sendero recto de la vida. Ella era la que lo sacaba de aquel ambiente pernicioso de su existencia y lo elevaba ante sus propios ojos, era ella y solamente ella la que lo había convertido en ídolo de todo aquel público, que puesto en pie no cesaba de aclamarle.

¿Qué le importaba todo lo pasado, si aquel instante se lo recompensaba con creces?... Ya no temía a nadie, porque le parecía que después de aquel triunfo nadie tampo-

co podría confundirlo con el Ramírez ventajista y ladrón.

¿Acaso un hombre en un momento de arrepentimiento no puede borrar su pasado? ¿Acaso podía ser tan perversa la sociedad que no supiera perdonarle su vida pasada en compensación de su vida futura?

Roberto sonreía maquinalmente a los aplausos del público y en sus ojos brillaba la llamarada del triunfo obtenido y la del amor que los iluminaba.

En pie, en medio del palco, Alina hacía resaltar la belleza de su cuerpo armonioso, mientras que sus manos aplaudían con frenesí, sintiendo como suyo propio el éxito obtenido por el artista.

Roberto apartó por unos instantes los ojos del palco donde estaba Alina y los fijó en el del empresario.

Este, como todos los demás, tributaba al cantor una ovación y asentía con la cabeza, como dándole a entender que su triunfo era verdadero, que su porvenir estaba ya resuelto y que después de aquella noche su nombre sería célebre en los anales del arte que pensaba cultivar.

También desde dentro del escenario le aplaudían. Allí estaban los empleados del teatro que, contagiados por la misma emoción del público, tributaban al cantor la pleitesía de sus aplausos, y entre ellos, confundido como otro más, estaba Gutiérrez, que alzaba los brazos, unas veces aplaudiendo y otras como si fuera un loco que no supiera qué actitud tomar para demostrarle su admiración.

No cabía duda de que el éxito había sido apoteósico, definitivo de esos que por sí solos consagran a un artista, y Roberto llegó a sentir él mismo igual emoción que había producido en su auditorio.

Por fin, después de varias veces, la cortina del escenario bajó definitivamente, y Roberto quedó aislado de aquel mundo que lo aplaudía, para volver de nuevo a la realidad y encararse con su pasado abominable y de se le hacía tan despreciable.

El empresario no hacía más que recibir felicitaciones por aquel hallazgo y alguno llegó a preguntarle que cómo lo había descubierto.

El empresario, con esa jactancia propia de todos ellos, repuso:

—Una noche, en el puerto, oí una voz que salía de un café. Hice parar mi auto, entré y firmamos el contrato allí mismo, en el puño de mi camisa.

Todos se echaron a reír de aquellas fantásticas palabras, pero no por eso dejaron de seguir felicitándole.

Roberto, entretanto, se dirigía a su camerino, y por el camino le dijo Gutiérrez que había visto a Maldonado en el teatro.

—El auto está en la puerta, Roberto, huyamos.

—No puedo huir, Pedro. Sea lo que sea, aquí me quedaré.

—Piensa que te siguen. ¿Por qué te quieres quedar aquí?

—Porque aquí está ella, aquí está Alina, y yo no quiero irme de su lado, si no es a la fuerza.

—Pues a la fuerza te quitarán. Te espera el escándalo, la cárcel... Todavía tenemos tiempo... Sabiéndote libre, si es verdad que te quiere, ella sufrirá menos.

Roberto, ante los razonamientos de su amigo, terminó por acceder, y le dijo:

—Es verdad. No debo hacerla sufrir. Espérame en el auto. Iré en seguida.

Salió Gutiérrez para esperar a su amigo.

Roberto abrió por fin la puerta de su camerino y se encontró con que estaba allí esperándolo el inspector Maldonado, que por fin se había acordado de quién era aquel hombre.

Roberto no supo qué hacer. Cerró inmediatamente la puerta para que nadie pudiera oír la conversación entre él y el policía, y esperó a que éste hablara.

Maldonado se levantó de su asiento y con gran parsimonia le dijo:

—Quiero ser yo el primero en felicitarle... Canta usted muy bien, señor «Torres». Una noche oí esa misma canción en un café del arrabal... La cantaba un hombre que me salvó la vida...

Sacó del bolsillo de su chaleco la cerilla que recogió la noche antes en el ascensor, y entregándosela a Roberto, le dijo:

—Yo pago siempre mis deudas... Tome usted... Estamos a mano.

Y ante la extrañeza de Roberto, le ofreció la mano que el cantor cogió emocionado. Era tal la impresión que experimentaba en aquel instante, que no supo ni darle las gracias.

El policía comprendió todo lo que pasaba por él y sonriendo bondadosamente salió del camerino, dejando a Roberto sobrecogido por la alegría que experimentaba.

Cuando más absorto estaba, llamaron a la puerta y Roberto, creyendo que se trataba de Gutiérrez, respondió:

—¡Adelante!

Se abrió la puerta y apareció Alina. Nunca la vió Roberto tan preciosa como entonces, ni nunca sintió que su corazón latía con más

fuerza que en aquel instante en que toda su vida pasada le parecía un sueño del que no quería acordarse.

Ella estaba allí, mirándolo cariñosamente, expresando en aquellos ojos de cielo todo el cariño que por él sentía, y Roberto, al fin, se acercó a ella y sólo supo decirle para expresarle su amor:

—¡Alina!

—¡Roberto!—exclamó ella con la misma emoción—. ¡Qué triunfo!... ¡Qué magnífico triunfo, Roberto!

—Gracias a usted, Alina... ¡A usted sola!... Yo no sé si tengo derecho a ello... No lo merezco... ¡Y la amo, Alina!... Soy indigno de usted, porque le he mentido. Toda mi vida no ha sido más que eso, una mentira...

—Yo no quiero saber nada—respondió ella cariñosamente.

—Pero usted tiene que saberlo, Alina—insistió él—. Mentí y mentí siempre... Fuí un jugador, fuí un ladrón, fuí un ase...

Ella le tapó la boca con su manita, convencida de que el corazón de aquel hombre era bueno.

—¡Calla!... ¡Qué importa todo! ¡Te quiero!

Se abrazaron fuertemente y cuando pasó el primer momento de efusión, Roberto sacó la cerilla que le había entregado el policía y le prendió fuego.

Alina, extrañada por aquella acción, le preguntó:

—¿Qué haces, Roberto?

El miró tristemente cómo se consumía la cerilla y cuando ya ésta hubo ardido, le dijo:

—Es mi pasado, Alina... ¡Mi pasado, que arde y desaparece para siempre!

Arrojó la cerilla y miró a Alina. Fué una invitación amorosa, que ella aceptó para caer en sus brazos y dejar que Roberto besara su boca chiquita, con un beso que era compendio de toda la pasión que en él vibraba y de todo el amor que por ella sentía.

El triunfo de aquella noche había sido definitivo. No solamente había sido el arte el que había triunfado, sino que el amor había salido victorioso sobre todo el pasado, y dos almas que siempre se comprendieron, supieron encontrarse para caminar unidas por la vida.

FIN

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
2 ptas.

Sigamos la flota	G. Rogers
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Carol Raymond
Vuelta de Arsenio Lupin	Warren William
Héctor Fieramosca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari
Damas del teatro	Kath. Hepburn
Detective y compañera	Zasu Pitts
Señorita en desgracia	Fred Astaire
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pompadour	Kate de Nagi
El poder invisible	Boris Karloff
Melodía rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Sothern
María Ilona	Paula Wessely
Posada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vare	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Ruhman

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ALFA 2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los elefantes	Sabú
Te cambiarás de vida	M. Redgrave
Las dos niñas de París	C. Barghon
¿Es mi hija?	Lil Dagover
La última avanzada	Gary Grant
Vacaciones para Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica insoportable	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expreso	M. Redgrave
Crimen de medianoche	Ramón Pereda
Los dos pilletes	Jacques Tavoli
Pygmalion	Leslie Howard
María Estuardo	K. Hepburn
Cuidado con lo que haces	Michael Redgrav
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
El signo de la Cruz	Elisa Landi
El asesino invisible	Walter Abel
El pequeño lord	Fred. Bartholom
Tarzán de las fieras	Buster Crabbe
Albergue nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Acusada	Dolores del Río
Forja de hombres	Mickey Rooney

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL
2 ptas.

La última falla	Miguel Ligero
La reina mora	María Arias
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
María de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Alas	I. Argentina
Eran tres hermanas	Lucita Gargallo
Bohemios	Emilia Alaga
Melodía de arrabal	I. Argentina C. Gardel
Don Florindo	Valeriano León
En busca de una canción	Luchy Soto
Los hijos de la noche	Miguel Ligero
Leyenda rota	Juan de Orduña
Martingala	Niño Marchena
Ráptame usted	Celia Gámez
Usted tiene ojos de mujer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
Lai-Alai	Inés de Val
¿Quién me compra un lío?	Manuia Tomás
Alas de paz	Luis de Valois

BIBLIOTECA CINE NACIONAL
SERIE ALFA 2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana	I. Argentina
El sobre lacrado	L. Gargallo
La Dolorosa	Pepita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligero
Gloria del Mercavet Los de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Molinos de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Sol de Valencia	Maruja Gómez

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la sima y el limón	Miguel Ligero
La Parrala	Maruja Tomás
La Potencia	Juan Monfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazarí
Cautiva del deseo	Leslie Howard
Flor de espino	Gracia de Triana

BIOGRAFIAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentina · Estrellita Castro · Alfredo Mayo · Manuel Luna · Miguel Ligero · Melvyn Douglas · Antonio Vico

Pedidos a **EDITORIAL «ALAS»**. - **Apartado 707.** - **BARCELONA**

CANCIONERO

Precio: 50 cts.

MERCEDITAS LLOFRIU
LUIS MANDARINO (Tangos)
RODRI MUR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»
CONCHITA PIQUER (Agotado)
NINA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Alma)
JUANITO VALDERRAMA
EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NIÑO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA
CAMILIN

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA ANDALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT
EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ (Agotado)

Precio: 1 pta.

EXITOS DEL JAZZ (Agotado)
RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS GARDEL
MELODIAS DE MODA
CANTE FLAMENCO (Agotado)
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA (Agotado)
MUSA CUBANA «MACHIN». (Agotado)
EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ» (Agotado)
JAZZ-HOT «TRUDI BORA» (Agotado)
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orquesta (Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vivientes.

Precio: 1'25 ptas.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
EL GASTON y su ORQUESTA de JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-HOT
CONCHITA PIQUER
TRUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO. JAZZ-HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA. JAZZ

Precio: 1'50 ptas.

PEPE PINTO
ADOLFO ARACO. JAZZ-HOT
MERCEDES VECINO. CINE-JAZZ
EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO. JAZZ-HOT
ORQUESTA ESPAÑA - JAZZ
GOZALBO-LLORENS - MEJICANAS
FRANCISCO BOLUDA - JAZZ
RAUL ABRIL-BONET DE S. PEDRO
BERNARD HILDA

Pedidos a **Editorial Alas** apdo 707 BARCELONA

[illegible]

Editorial Alas

2'50 Ptas.

[illegible]